

# Aproximación al contexto de la movilización social en Marruecos. Una historia entre estructura y praxis

---

*Laura Feliu* (Universitat Autònoma de Barcelona, UAB)

*Josep Lluís Mateo Dieste* (UAB)

*Ferran Izquierdo Brichs* (UAB)

## Marruecos precolonial<sup>1</sup>

El avance del Estado marroquí es visible a lo largo de todo el siglo XIX (Laroui, 1980). Este avance supone la propagación del poder de un sector de las élites mediante la expansión de la estructura estatal a partir de un núcleo que se va extendiendo. La intromisión del Estado en la vida de la población marroquí, en esos momentos mayoritariamente rural, afectaba tanto a la vida política como a la económica y social. La presencia del Estado era desigual en el territorio. La distinción entre el *bled majzén* y el *bled siba*, el territorio bajo control o autoridad sultaniana y el territorio de la disidencia, se ha utilizado por la literatura académica como una forma de explicar la situación sobre el terreno contraponiendo orden y atraso (una forma de destacar subrepticamente el papel del colonialismo «contribuyendo» al orden), y por ello también ha sido ampliamente criticada [(Burke, 1972: 175-199); (Ayache, 1983: 162)].

Este avance se producía en paralelo al desarrollo del capitalismo mercantil y de la economía de mercado, en una evolución autóctona con participación decisiva exterior. Los intereses de diversas élites colisionaban y se entrelazaban en estos dos procesos estrechamente relacionados entre sí. La transformación social que acompañó a todos estos procesos supuso también cierto recambio en las élites.

Al mismo tiempo, la creciente presencia del Estado también generaba resistencias que han sido documentadas en numerosos estudios sobre el Marruecos precolonial [(Burke, 1976); (Laroui, 1980); (Sebti, 1991)], como por ejemplo la resistencia contra los nuevos impuestos ya sea por considerarlos excesivos o totalmente ilegítimos (ver en 1873 la protesta de los curtidores de Fez contra los *meks*, los derechos de mercado), o contra la recluta de hombres, o la resistencia rural y tribal ante los intentos de hacerse con sus tierras (Broumas, 2017).

El sultán Hasán I, Mulay Hasán (1873-1894), impulsó durante su reinado una serie de reformas dirigidas a esa expansión del Estado (y por lo tanto a reforzar su poder personal) en ámbitos tan diversos como los impuestos (la carga tributaria y los espacios que delimitaba resultaba esencial para demarcar zonas de control e influencia), el sistema monetario, o el crecimiento del ejército (que pasó a contar con unos 30.000 soldados entre infantería y caballería al final de su reinado) (Johnson, 2005b: 1010-1012).

El programa de reformas y la transición a una economía cada vez más capitalista, como en otras partes del Norte de África y Oriente Medio (MENA), facilitó la penetración europea, en aquellos momentos en plena expansión a pesar de la situación de crisis económica (Gran Depresión de 1873 a 1896). El sistema colonial se basa en un proceso de expansión de los sistemas de acumulación nacionales (francés, español, alemán, etc.), más allá de las propias fronteras y en competición con las élites capitalistas y políticas de las otras potencias. El progreso del sistema colonial resultó fundamental en la competición entre las élites nacionales europeas por la acumulación diferencial de poder, tanto a través del impulso de regímenes económicos, como de las expediciones militares cada vez más frecuentes. El desarrollo de esta competición delimitó los equilibrios de poder que estructuraron todo el sistema. El régimen de «protección» de nacionales en otros países (régimen de extraterritorialidad) fue un instrumento más de penetración foránea.<sup>2</sup> Este régimen de protección lo disfrutaban también notables marroquíes y población con vínculos con los extranjeros. La Conferencia internacional de Madrid de 1880, auspiciada por el Reino Unido, que en principio pretendía limitar este régimen, tuvo un efecto inverso al favorecer la penetración extranjera. De este modo, las potencias extranjeras tomaron agentes locales protegidos, judíos y musulmanes, agrícolas (*mojalatas*) y comerciales (*semsaras*), lo cual favoreció la penetración colonial y el aumento de la conflictividad, ya que dichos protegidos no podían ser juzgados por la justicia marroquí (Kenbib, 1996). Tampoco fue ajeno a estas maniobras el contrabando de armas, que contribuyó a un progresivo aumento de la violencia hasta el inicio del Protectorado [(Khallouk Tamsamani, 1991); (Correale, 2014)].

Los llamamientos explícitos al combate contra esta presencia europea fueron constantes en Marruecos durante finales del siglo XIX y principios del XX. La ambigüedad de la posición de los actores en el contexto de la búsqueda de recursos de poder se muestra en episodios en los que el sultán intentó disuadir a sectores contrarios a esta presencia europea de que llevaran a cabo sus luchas.<sup>3</sup>

La estructura de poder (jerarquía entre diversos actores) de este período precolonial corresponde a la tipología de élites y recursos diversificados,<sup>4</sup> pudiéndose identificar una importante diversidad de élites pri-

marías con diferente implantación territorial y que cada una de ellas basaba su poder en recursos diversos, desigualmente distribuidos (élites políticas, capitalistas, militares, religiosas, etc.). A pesar de ello, la pañoia de recursos en poder del sultán (especialmente el núcleo estatal) lo convertían en el actor primario mejor situado en la competición por el poder. Más allá de este núcleo se encontraban una multiplicidad de actores representantes de la penetración europea que sin duda afectaba al núcleo estatal majzení (Burke, 1976), además de las configuraciones tribales u otras dispersas por el territorio marroquí. Asimismo se había desarrollado una burguesía urbana que se superpone a los notables rurales tradicionales.

Esta diversidad en los actores primarios y los recursos a su disposición, y más teniendo en cuenta que algunos de ellos tenían acceso a armas, territorio y movilización de población, generaba una inestabilidad que podía manifestarse tanto en revueltas populares como en enfrentamientos armados. La guerra civil de 1908, una guerra por la posesión del título sultanal, entre Mulay Abd al-Aziz (1894-1908) y su hermano Mulay Abd al-Hafid, muestra, en un espacio geográfico restringido, los desafíos a la institución procedentes de poderes en competición y con autoridad fragmentada (posicionamiento de las potencias europeas, de los ulemas, continuación de la rebelión del falso pretendiente Bu Hmara, o de la cofradía kittaniya).<sup>5</sup>

Las relaciones sociales tribales muestran todo su vigor en el territorio, y las alianzas transtribales cambiantes resultan fundamentales. Se trata de una sociedad organizada según la base del parentesco (bajo diversas formas clasificatorias en torno a la gestión genealógica) y que en general vive al margen, o con escaso contacto, con la superestructura estatal (Mojuetan, 2005: 1007-1008). El condicionamiento de los medios materiales es importante, con una estructura económica resultado de la producción de subsistencia y la generalización de circuitos no monetarios (Rodinson, 1978: 55-56). Esta estructura convierte a la población marroquí en altamente dependiente de los azares del clima y las cosechas. Para autores como Edmund Burke la hambruna se encuentra entre los principales detonantes de las revueltas precoloniales.

Las congregaciones religiosas se perfilan también como otro actor relevante, detentoras de autoridad y con cierta autonomía política y económica, como en el caso de las cofradías sufíes, y en especial de las taifas jerifianas que históricamente habían establecido alianzas con el sultán a cambio de mantener sus privilegios (El-Mansour, 1991).<sup>6</sup> Por su parte, los ulema se configuran como actores esenciales en el surgimiento, desarrollo y finalización de las revueltas en la época. El papel de la religión va más allá de las instituciones religiosas, y los movimientos de resistencia en esta época están fuertemente anclados en el islam como elemento aglutinador y de legitimidad (Burke, 1976: 216).

El desarrollo del capitalismo mercantil y de la economía de mercado han sido explicados transponiendo dinámicas europeas al contexto marroquí, mientras que se dispone de pocos estudios que permitan construir un relato autónomo, una historia social equiparable a la que esboza Beinín para otros territorios de la región MENA (Beinín, 2001). Reconociendo la existencia de procesos endógenos, sin duda la creciente incorporación de Marruecos a la economía global contribuyó de forma importante a la reproducción capitalista, en este caso desde la evidente presencia de un intercambio desigual [(Emmanuel, 1972); (Miège, 1962)].

El comercio a lo largo del siglo XIX se realizó mayoritariamente con el Reino Unido, pero su participación experimentó una disminución imparable a favor de la presencia francesa y alemana. La política de puertas abiertas del Tratado anglo-marroquí de 1856 estaba dirigida al avance de la liberalización comercial, que no coincidía totalmente con los intereses de las élites del núcleo estatal, que se beneficiaban de algunos monopolios y capacidad de control de intercambios. Ya a finales del siglo XIX el sector artesanal (mayoritario) empezaba a verse afectado por la competición de productos europeos en las zonas costeras [(Issawi, 2013: 152); (Stewart, 1967)]. Los importantes gremios profesionales seguían poseyendo un importante ascendente, aunque el Estado había aumentado el control sobre ellos. El control económico exterior y la penetración del capital europeo (las inversiones francesas rondaban los 20 millones de francos en 1902) se aceleraron. El Acta de Algeciras de 1906 estableció el principio de libertad económica con iguales condiciones para todas las potencias internacionales (Alcantud y Corrales, 2007).

La agricultura capitalista se encontraba confinada en este período a unas pocas zonas como resultado de procesos eminentemente locales (latifundios en manos privadas). La mercantilización del trabajo la encontramos en el establecimiento de algunas fábricas modernas con anterioridad a la Primera Guerra Mundial (molinos de harina, plantas de conserva, fábricas de cristalería o refinerías de azúcar) con capital eminentemente europeo. Y en la Zona Norte, la competencia entre agentes y representantes mineros generó una creciente tensión que terminó provocando el conflicto armado entre España y diversas facciones tribales rifeñas en 1909 [(Madariaga, 2008); (Yechouti, 2018)].

Pero si alguna cuestión resulta fundamental para entender la inserción de Marruecos en el sistema económico internacional y el devenir del sistema colonial es la cuestión de la deuda y la crisis monetaria. La dominación financiera fue la punta de lanza de la penetración colonial. En el momento de la Conferencia de Algeciras, la deuda total de Marruecos ascendía a 206 millones de francos. La crisis fiscal rural unida a los intereses particulares de las élites vinculadas al sistema sultaniano

y sus luchas contra rivales, y la avidez del capital europeo empujaron en esta dirección. El Tratado hispano-marroquí de 1861 había establecido el pago por Marruecos de una indemnización tras perder la guerra de 1859-1860. Las autoridades optaron por solicitar un préstamo de capital británico sobre la garantía de sus ingresos en las aduanas (que constituían una de las principales fuentes de ingreso del Estado).<sup>7</sup> Este control de las aduanas por parte de poderosos acreedores se reforzó con los préstamos posteriores: en 1903 dos préstamos por un valor de 62,5 millones de francos garantizado por un consorcio de bancos franceses y de 22,5 millones de francos; en 1904 otro de 62,5 millones de francos (60 % de sus derechos de aduana se anotaron como garantía), contratado ya para pagar los anteriores (Issawi, 2013). Estos préstamos comportaron la constitución de comités de deuda que supervisaron sobre todo la recaudación de las aduanas y se acompañaron de otras medidas para promover el capital europeo (obras públicas, sector bancario, etc.). Tras la Conferencia se creó un nuevo banco estatal «nacional» que en realidad estaba fiscalizado por las autoridades francesas (Johnson, 2005a). Nuevas indemnizaciones a Francia y España en 1909 continuaron esta dinámica de escalada deudora (como el préstamo en 1910 de 101 millones de francos). La reforma fiscal impulsada por Francia en esta época trató de asegurarse, infructuosamente, el reembolso de la deuda y compensar las pérdidas ocasionadas por la corrupción.

Los diferentes acuerdos internacionales, negociados y forzados, secretos o públicos, plasman la correlación de fuerzas del momento (el acuerdo Cambon-Lansdowne de 1904 confirma la preeminencia francesa frente al viejo rival británico). El Acta de Algeciras, acordada en la Conferencia del mismo nombre celebrada en 1906, es el instrumento político-jurídico que da fe de la penetración extranjera anterior y posibilita su desarrollo futuro. La independencia marroquí se preservó formalmente, pero las autoridades francesas incrementaron su poder para intervenir directamente en los asuntos marroquíes, ante la incapacidad del sultán Mulay Abd al-Aziz de resistirse, a pesar de su desacuerdo. Se produjeron protestas y ataques a ciudadanos europeos en diferentes contextos locales: en Casablanca en 1907,<sup>8</sup> en Marrakech en 1907,<sup>9</sup> o en Fez en 1911 (que posibilitó la ocupación francesa en un contexto de pugna con las fuerzas alemanas). Mientras, en la Zona Norte España iniciaba su penetración por la región oriental desde Melilla en 1909, y por la región occidental con el desembarco en Larache en 1911.

## **Marruecos colonial**

La fórmula política del protectorado se acabó imponiendo en Marruecos en 1912 con el Tratado de Fez. Las élites francesas y españolas

consiguieron hacerse con una posición preeminente en Marruecos, y de esta manera garantizarse la salida al exterior necesaria para la continuación del proceso de acumulación interno (en sus países de origen).<sup>10</sup> La derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial la apartó, mientras que Estados Unidos tuvo cada vez más un mayor ascendente, incluso limitando algunos de los intereses franceses, en un contexto de competición entre élites.

Los imperios coloniales se establecieron al ritmo de la expansión industrial y comercial de las grandes compañías (acceso a recursos y expansión territorial). Los territorios colonizados cumplieron una función determinada en las relaciones centro-periferia: proveer de tierras para la agricultura, de población (mano de obra, soldados), o capital (por ejemplo, a través de la deuda) para la acumulación en el centro del sistema. Como afirma Beinín, las instituciones y prácticas modernas, como la participación en el comercio mundial (que aumentó de 3.500.000 toneladas en 1938 a 7.800.000 en 1950), necesitan de la persistencia de las instituciones y prácticas «premodernas» (lo que el autor denomina estructura híbrida) como las prácticas coercitivas de control laboral, etc. (Beinín, 2001: 113).

El protectorado se configuró como una vía de salida para la población europea (especialmente tras la gran depresión de 1929-1939). El número de europeos en Marruecos pasó de 30.000 en 1913 a 350.000 en 1952, de los cuales aproximadamente un 70 % eran franceses (prolongación de la colonización más intensa en población de la vecina Argelia) (Issawi, 2013: 79). La población española en la Zona Norte era de 85.000 personas en 1950, aunque la cifra es mayor si consideramos la presencia en la zona de los presidios de Ceuta y Melilla, que crecieron como ciudades al ritmo de la expansión colonial. La creación de la figura del colono resultó fundamental, como comprador «artificial» gracias a los beneficios obtenidos por la apropiación de recursos indígenas a través del sistema colonial (expropiación y explotación de tierras, control de materias primas, control del mercado, posiciones privilegiadas en la administración, etc.). Según Issawi: «La brecha de ingresos entre europeos y musulmanes bien podría haber sido mayor que en Argelia o Túnez, y los europeos probablemente tenían un ingreso real per cápita más alto que el de Francia» (Issawi, 2013: 83).

La literatura considera que el crecimiento demográfico es uno de los principales factores que explican la presencia de revueltas y revoluciones (Goldstone, 1991). La población marroquí en 1900 se calcula en unos 4 millones y medio de personas, alcanzando su mayor tasa de crecimiento en el período 1952-1960, cuando alcanza el 3,3 % (en 1960 la población es de 11 millones y medio). A partir de esta fecha tiene lugar de manera extremadamente rápida una transición demográfica hacia una limitación muy importante de la tasa de fecundidad.

La estructura de poder de esta fase era una continuación modificada de la del período anterior (élites y recursos diversificados), con una preeminencia de las autoridades coloniales gracias al control del Estado facilitado por su superioridad militar, económica y tecnológica. El sultán y su entorno se situaban en una posición secundaria, dependiente, en la mayor parte de ámbitos, a pesar de disponer de ciertos recursos (población, ideología-religión).<sup>11</sup> El ejército del sultán y las *mehallas* del jalifa, en la zona española, no podían competir con el volumen y el poderío de los regimientos europeos. La colaboración marroquí con las autoridades coloniales fue sin duda la dinámica preponderante durante las primeras décadas del protectorado, desde una posición resignada de aceptación de los hechos. Fue a partir de la segunda mitad de los años cuarenta cuando aumentó la relación de competición con las autoridades coloniales gracias a la movilización de la población y a su alianza con el sultán.

El proceso de colonización francés y español contribuyó a hacer avanzar las estructuras estatales (para su uso limitado en el presente, y más completo en el futuro) y a fijar una determinada estructura de poder (favorecimiento de unos sectores en detrimento de otros). El aparato burocrático se expandió gracias a los instrumentos económicos, de institucionalización política y de dominio militar, mientras que la penetración económica se sumó a los propios procesos autóctonos de avance del capitalismo. Todo ello vino acompañado del correspondiente discurso sobre el progreso civilizatorio (introducción de los súbditos etiquetados como indígenas en un contexto de modernidad) y sobre la no preparación de las estructuras y las mentes marroquíes para su autogobierno (Beinin, 2001).

El sistema colonial transformó el universo de las élites secundarias, en sus diferentes escalas: avance de las élites económicas (y sus aliadas marroquíes cuando es el caso), o burocráticas europeas. Asimismo, y especialmente a medida que se desarrolló el discurso y la acción nacionalistas, los poderes regionales-locales debieron escoger su campo; la vieja política de alianzas cambiantes se transformó por la polarización existente. En el Bajo Atlas, Francia se apoyó en algunos de los grandes caídes —el más relevante de los cuales fue Thami El Glaui, pachá de Marrakech que controlaba un extenso territorio en el sur (Leveau, 1981)—, y en otras autoridades locales en otras regiones. También gran parte de las cofradías religiosas colaboraron de forma activa con los colonizadores, aunque algunas como la Darqawiyya participaron en la resistencia hasta los años 1930 (Mateo Dieste, 2003: 339-364).

La consolidación del Estado como recurso de poder, y del sistema colonial, necesitó del control del territorio y de la población en el marco de unas fronteras delimitadas. Los procesos de «pacificación», como lo denomina el lenguaje colonial, contribuyeron a la expansión de las ins-

tuciones a través de la coerción. La población apoyó a unos u a otros poderes enfrentados dependiendo de las circunstancias. Los caídos designados por Francia se encargaron de reclutar tropas bajo el comando de los Oficiales de Asuntos Indígenas. Así, en julio de 1931, 4.000 hombres fueron reclutados en la Región Militar de Meknes para participar en la lucha contra los Ait Yahia (Aouchar, 2002: 95). Se fue reduciendo así la autonomía de poderes en competición histórica con el sultán. El proceso de ocupación efectiva se dio por finalizado entre 1926 y 1934. Esta pugna por el dominio territorial –y la presencia de élites que competieron por el poder con un mayor o menor apoyo de la población según los casos, y las respectivas alianzas que se hicieron y deshicieron al calor de los intereses y de la situación sobre el terreno– se refleja especialmente en los capítulos de Clément sobre Casablanca, Yechouti, Moreau o Madariaga sobre el Rif [(Clément, 2018); (Yechouti, 2018); (Moreau, 2018); (Madariaga, 2018)]. A personajes que lideraron revueltas armadas, como el jerife Mizian, Abdelmalek, o Abdelkrim al-Jattabi, deben sumarse otros episodios de revuelta-resistencia como los liderados por el ambivalente jerife Raisuni en la parte occidental de la zona española (Tessainer y Tomasich, 1998), o rebeliones en los años veinte en la zona francesa entre Fez y Moulouia, en las alturas del Atlas Medio (tribus Ait Atta, y Ait Attalnan-Melghad lideradas por la zagüía Ahansal y Belgacem N’Gadi) o en los oasis de la ladera sur (Jheris, Ferkla, Todgha), por citar algunos de los diversos casos documentados en la época (Massignon, 1924). En estos episodios se mezclaban la resistencia frente al colonizador y frente a las élites que controlaban el Estado.

La configuración territorial (que representó también una fragmentación del poder) quedó fijada en unos espacios estables. Cada una de estas áreas territoriales contaba con sus propios actores primarios: zona internacional de Tánger (600 km<sup>2</sup>) regida por un estatuto especial al que se adhirieron 8 potencias internacionales y en la que el sultán contaba con una figura delegada (*mandûb*);<sup>12</sup> protectorado español en el norte (de Tetuán al Rif), Sidi Ifni, la franja de Tarfaya en el sur, y los pequeños enclaves (Ceuta, Vélez de la Gomera, Alhucemas, Melilla, Chafarinas); y protectorado francés en el resto del territorio. La situación de frontera entre los respectivos territorios de influencia, generó durante el protectorado estrategias cambiantes entre los dos países «protectores». En momentos puntuales, como el desembarco de Alhucemas en 1925, no dudaron en aliarse para hacer frente al enemigo común, Abdelkrim, pero en años posteriores las tensiones fueron manifestadas durante la II Guerra Mundial y en los últimos años de protectorado, cuando nacionalistas marroquíes de la zona francesa se refugiaron en la zona española (Morales-Lezcano, 1998).

La colonización fijó una serie de estructuras que se mantuvieron posteriormente con la independencia, y pretendió establecer una jerar-

quía entre las diferentes autoridades. Las estructuras político-institucionales de gobierno colonial establecidas por los Tratados permitieron el control tanto de la política interna como de la política exterior, por medio de un sistema de gobierno indirecto (Ben Mlih, 1990). El sultán Mulay Abd al-Hafid (1908-1912) abdicó y fue substituido por su hermano Mulay Yusuf (1912-1927) que conservó el título formal, pero con buena parte de sus atribuciones vaciadas. En el protectorado español se nombró un Alto Comisario,<sup>13</sup> como máximo representante de España en la zona, que tutelaba a un representante del sultán, designado por este, en el cargo de Jalifa.<sup>14</sup> En el protectorado francés se creó la figura del Comisionado general residente, responsable ante el Ministerio de Asuntos Exteriores. Su primer representante, el general Lyautey, sentó las bases de este sistema de gobierno durante su largo mandato (1912 a 1926).<sup>15</sup> En ambos casos, el gobierno nominal local tuvo un papel totalmente supeditado a los designios de las autoridades de la metrópolis. El Residente General poseía el poder legislativo; y los decretos del sultán (*dahires*) eran redactados en realidad por el Residente General, aunque firmados por el sultán. En la zona española, eran asimismo escritos por el Alto Comisario, y sellados por el Jalifa. A partir de 1947 el sultán mostró una mayor resistencia a firmar y seguir el juego a los franceses, si bien el residente podía promulgar sus propias órdenes residenciales.

El entramado burocrático estatal avanzó y se profundizó según la voluntad de las autoridades coloniales. La administración se dividió en dos secciones, una cuyos funcionarios eran musulmanes marroquíes y otra cuyos funcionarios eran europeos. En la zona española norteña, el Alto Comisario que tenía su sede en Tetuán era asistido por un delegado general y cinco delegados.<sup>16</sup> En el protectorado francés el Residente General estaba asistido por un ministro plenipotenciario y por un Consejo de gobierno, creado para representar a la población francesa en Marruecos. El secretario general del protectorado coordinaba la administración civil, que constaba de 14 direcciones o servicios. Un ministro consejero del sultán, nombrado por Francia, hacía de intermediario entre la autoridad colonial y marroquí. Por parte marroquí, de las élites secundarias formaban parte los tres califas que representaban al sultán en Fez, Marrakech y Tafilelt; los grandes caïdes, escogidos entre personas de prestigio con arraigo en el territorio; y los pachás o gobernadores en la ciudad. A ellos deben unirse los notables tanto del campo como de la ciudad, todos ellos supervisados por oficiales interventores, ya fuera en la zona francesa o española. Los instrumentos del control estatal avanzaron con el desarrollo de nuevos impuestos (especialmente los indirectos: a las propiedades ubicadas en los perímetros urbanos, a los salarios desde 1939, a las transacciones del comercio minorista).

El ejercicio del poder colonial fue también fundamental en el establecimiento de jerarquías y funciones, alterando las existentes según el

objetivo de control. Un buen ejemplo de ello es la reorganización y reformulación de la justicia majzení en la zona francesa. La figura del *muhtasib* designado por el sultán era especialmente importante, como cargo que controlaba las transacciones comerciales (control de los comerciantes y artesanos, organización y el control de los mercados, de precios de los productos básicos, de los pesos y medidas, represión del fraude). Los cambios legislativos del protectorado reconocieron la justicia secular de los caídes y los pachás en asuntos civiles y comerciales, mientras que el *muhtasib* perdió su poder jurisdiccional en los ámbitos comercial y criminal, privándole de su poder para resolver disputas comerciales o infringir castigos (Zirari-Devif, 1996). El *muhtasib* vio su autoridad y prestigio considerablemente disminuidos. Para Zirari-Devif, al igual que con los tribunales de la charía, el temor a que estas instituciones tradicionales desempeñaran un papel demasiado importante en el ámbito económico, en el marco de una relación de desconfianza, motivó su disminución de competencias (o anulación según los casos). Uno de los instrumentos de esta ingeniería de control fue precisamente la dispersión de sus funciones entre varios cargos y la sumisión al pachá.

En la nueva estructura colonial se desea formar una élite indígena asociada a las estructuras coloniales. Unos 5.000 estudiantes musulmanes aprendían en 1922 en 80 escuelas franco-árabes y también se fundó una Escuela Normal de Maestros Nativos en Rabat. O una Escuela de cadetes oficiales marroquíes en Meknes. Además, la política berberista favoreció la creación de un colegio en Azrou para civiles y militares (Benhlal, 2005). Las élites burocráticas, comerciales o de otros tipos tanto coloniales como indígenas están totalmente masculinizadas. La masculinidad es un recurso imprescindible que deja fuera de los ámbitos del poder a la mitad de la población a lo largo del todo el siglo XX, con un leve correctivo a partir de finales de este.

Se observa asimismo la transformación de los sistemas de propiedad que afectan de forma lenta e inexorable, en un proceso que llega hasta la actualidad, a las tierras comunales y al acceso a los recursos compartidos. Adam Guerin aborda la cuestión del agua en el capítulo dedicado a la revuelta de Meknes de 1937. En este proceso el Estado como estructura es el protagonista, y en él se muestra la confluencia de los intereses coloniales y del sultán y su entorno. Como explica Guerin en este libro, «dado el inmenso crecimiento del majzen bajo el protectorado y la capacidad del sultán para apropiarse de tierras y recursos, y de controlar a la población durante las primeras décadas del período francés; las separaciones entre los representantes del Estado francés y marroquí no eran tan claras como parecían haber asumido muchos estudiosos». Si bien existe una gran diversidad de regímenes de tenencia de la tierra,<sup>17</sup> a grandes rasgos se observa un proceso de privación previo a la

colonización gracias al establecimiento de la categoría de tierra sobrante («innecesaria» para la subsistencia) que se registra como tierra sultanal y se convierte en propiedad vendible a los colonos extranjeros o a los especuladores urbanos. Forma parte de un gran movimiento mundial de cercado, en el cual las propiedades comunales se disuelven a través de la fuerza del Estado [(Harvey, 2010: 294); (Rachik, 2016)].

A los colonos europeos se les facilitó el acceso a las mejores tierras de los territorios recién conquistados, y las grandes corporaciones se beneficiaron de la aplicación de una agricultura a gran escala. La ventaja en las acciones de mapeo, el control de las comisiones de derechos de propiedad, los cambios legislativos (colonos y notables marroquíes accedieron a las mejores tierras por el Dahir de 31 de agosto de 1914 y los textos de expropiación «por causa de utilidad pública») (Berque, 1947), o las incautaciones y expropiaciones contribuyeron a estos procesos. Clément ofrece unas cifras según las cuales en el período 1912-1956 casi 6.000 colonos cultivaron poco más de un millón de hectáreas, de las cuales algo menos de un tercio procedían de expropiaciones luego vendidas a los colonos, mientras que el resto correspondía a ventas privadas (a diferencia de Argelia no se distribuyó tierra gratuitamente a los colonos) (Clément, 1992). Un núcleo de unos 900 grandes propietarios controlaba las zonas más fértiles del país (Halstead, 1969: 84). El conjunto de estas explotaciones correspondía a agricultura moderna. Unos 1.700 notables marroquíes también cultivaban según los nuevos modos. Debe considerarse que alrededor de un 84 % de las tierras utilizaban en cambio métodos tradicionales de cultivo por parte de entre 800.000 a 900.000 familias (Mouhsine y Lakmahri, 2014). De hecho, la mitad de la población rural trabajaba como jornalera. La mitad del conjunto de tierra cultivada en Marruecos lo era para la producción de cereales (Swearingen, 1988). Las cifras son mucho más bajas en el norte del país, donde los propietarios europeos cultivaron unas 40.000 hectáreas que o bien fueron confiscadas tras la Guerra del Rif de 1921-1926 o compradas directamente a sus dueños (Issawi, 2013: 141-142). No hubo un interés ni un programa general de potenciación de la agricultura por parte de las autoridades españolas (Marchán Gustems, 2014). Y en caso de existir, como ha mostrado Seddon en el caso de Ulad Settut (Rif oriental), el sistema colonial empobreció a los campesinos, obligándoles a emigrar o a alistarse en el ejército, y benefició a unos pocos caídes que se apropiaron o vendieron tierras comunales a las compañías de colonización [(Seddon, 1978); (Seddon, 1979)].<sup>18</sup>

Con respecto a la producción, en la zona francesa, se descartó la edificación de una industria pesada, más allá de los complejos agroquímicos. Si bien se invirtió en industria ligera (especialmente en el sector textil y de la confección), de conservas (en 1950 están en activo 193 fábricas), o de cemento. Al final del protectorado el peso de este sector

en la economía seguía siendo mínimo (Amin, 1970). La fuerza de trabajo industrial se estimaba en los años 30 y 40 en unas 50.000 personas. Los trabajadores más calificados eran europeos (mayoritariamente franceses) o de minorías. Los trabajadores españoles se concentraban preferentemente en la construcción y los trabajos públicos (Sidi Hida, 2007: 65). La actividad de los gremios profesionales se siguió desarrollando (solo en Fez, por ejemplo, en 1924 unas 164 corporaciones (*hanta*) agrupaban a unos 9.000 artesanos).

El sector de la minería era otro sector económicamente relevante, fueran los fosfatos y sus derivados, cada vez más importantes, o el cemento y materiales para la construcción. Los depósitos de fosfatos fueron descubiertos después de la Primera Guerra Mundial y rápidamente nacionalizados en 1920, creándose la Oficina Jerifiana de Fosfatos (OCP). Unos cuatro millones de toneladas eran exportados por Marruecos en 1952 (Sluglett y Farouk-Sluglett, 1984: 69). Destacaban también los yacimientos de antracita, manganeso, y plomo (Massignon, 1955). En la zona española se extraía hierro en Uixan.

El Banco de París y los Países Bajos participaba en la mayor parte de la actividad industrial y comercial de Marruecos (zona francesa). Además del capital que llegaba procedente de préstamos (el Tratado de Fez establece que los préstamos públicos o privados tienen que recibir el permiso de Francia), el capital privado alcanzaba aproximadamente 720 mil millones de francos (Issawi, 2013). Las infraestructuras construidas por Francia fueron escasas y dirigidas hacia la explotación: en 1917 se terminó un pequeño puerto en Casablanca, que fue ampliado posteriormente, al igual que en otras localidades (Kenitra, Agadir, Tánger), un ferrocarril de vía estrecha unió Casablanca y Rabat en 1911, y desde 1923 los ferrocarriles se desarrollaron rápidamente por parte de dos compañías francesas (Massignon, 1924). En la zona española, las relaciones de producción capitalista tuvieron una implantación más limitada (Morales-Lezcano, 1986).

Como fruto de todos estos procesos, en los años 30 se produjeron protestas y huelgas obreras en núcleos industriales como Khuribga, Yerrada, Yusuffia o Casablanca. En esta década se había intensificado el éxodo rural a las ciudades donde se creaban grandes barriadas en la periferia. Albert Ayache ofrece la cifra de 100.000 trabajadores marroquíes en 1929 en fábricas, talleres, minas, transporte, comercio o en las grandes propiedades agrícolas (Ayache, 1982). La huelga de junio de 1936, que coincidió con el gobierno del Frente Popular en Francia, fue importante porque consiguió algunas de las reivindicaciones laborales exigidas (como el reconocimiento de las asociaciones profesionales) en un momento en que se coarta la formación de sindicatos. Obreros marroquíes y franceses se manifestaron juntos, a pesar de las diferencias salariales y de condiciones, y sectores de trabajadores marroquíes lide-

raron las protestas (Ayache, 1957). El desarrollo del movimiento sindical posibilitó la convocatoria de grandes huelgas de nuevo en 1948. Unos 30.000 trabajadores formaban parte de la Unión General de Sindicatos Confederados de Marruecos (UGSCM) en 1945 (Rézette, 1955). Las revueltas de 1952 en Casablanca que tienen como detonante el asesinato del sindicalista tunecino Ferhat Hached, poseen una importante base obrera (unas 5.000 personas procedentes de la barriada de *Carrières Centrales* atacaron comercios y una comisaría de policía, y cuando se dirigían a los barrios europeos más de un centenar de manifestantes fueron abatidos por la policía). La Unión Marroquí del Trabajo (UMT), creada en marzo de 1955, se convirtió en el principal sindicato.

En la zona española la proclamación de la República (1931-1936) también posibilita una mayor efervescencia obrera,<sup>19</sup> y por todo ello las autoridades coloniales extremarían las medidas de control de los movimientos de izquierdas y la propia inmigración española de clase baja, e incluso la gestión de los espacios urbanos para evitar la excesiva promiscuidad de españoles y marroquíes en los barrios populares, una situación bien diferente de la zona francesa.<sup>20</sup>

Las movilizaciones sociales que se asocian al nacionalismo fueron constantes durante este período, ya desde la firma del Tratado de Fez. Muchas de estas revueltas no estaban conectadas entre sí y tenían otros factores relevantes contribuyendo a su estallido. Fue solamente a partir de los años treinta cuando un movimiento nacionalista tomó forma a través de organizaciones de masas, fundamentalmente partidos políticos liderados por componentes de la burguesía urbana, que también podían ser terratenientes. El 11 de enero de 1944 se hace público el Manifiesto de la Independencia. El Movimiento nacional se acabó conformando a partir de tres sectores: el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Partido del Istiqlal (Independencia) (PI), junto a otros partidos y grupúsculos políticos, y la Central sindical (El Benna, 1992: 130). La lucha armada tuvo un carácter limitado, a diferencia de la vecina Argelia. Este hecho explica la posición secundaria del ejército en la estructura de poder postindependencia, a diferencia de lo que sucede en otros países vecinos.

Una serie de transformaciones sociales y económicas (creciente urbanización, creación de las «escuelas libres» o escuelas musulmanas modernizadas desde 1921, en oposición a un islam vinculado al mundo de las cofradías y las mezquitas) ayudaron a sentar las bases de este nacionalismo moderno (Clément, 1992). El Comité de Acción Marroquí (CAM), fundado en 1934, es el origen de dos partidos fundamentales: el futuro Partido del Istiqlal (Independencia), dirigido por Allal el Fassi, y el que será posteriormente el Partido Democrático de la Independencia (PDI) de Mohamed Hassan Uazzani (Camau, 1990: 399). En la Zona Norte, el movimiento tuvo un gran impulso desde que Abdeslam Bennu-

na, principal patrocinador, contactara con el emir druso Chekib Arsalan en 1930, y más tarde Abdeljalek Torres fundara el Partido Reformista Nacional en 1936, en clara connivencia con las autoridades coloniales franquistas, a cambio de su reconocimiento (Benjelloun, 1993: 102-110).

A nivel programático, los sectores nacionalistas dominantes, dirigidos por sectores de la burguesía urbana, se adscribieron mayoritariamente a las ideas de modernidad y progreso basadas en la mejora del campo tecnológico, la educación, la reforma social (incluyendo cierta emancipación limitada de las mujeres), un programa económico liberal, un sistema político democrático y constitucional, y un renacimiento cultural de raíz religiosa. Otros sectores abrazaron los idearios socialista y, muy minoritariamente, comunista (ver por ejemplo la oposición de la sección marroquí de la SFIO al Plan de reformas presentado por el CAM en 1934) (López García, 1989).

Los capítulos sobre las reacciones en Salé a la promulgación en 1930 del dahir bereber de Josep Lluís Mateo, sobre las revueltas de Meknes de 1937 de Adam Guerin, sobre la manifestación de Tetuán en 1948 de Rocío Velasco, o sobre Tánger en 1952 por Bernabé López García, muestran la multiplicidad de actores que intervienen en estas revueltas del período colonial, y la complejidad de los factores, que no pueden limitarse a la lucha contra los colonizadores.

La Segunda Guerra Mundial afectó de forma directa al protectorado y aceleró los procesos vinculados con la demanda de independencia. El mapa de alianzas de las diferentes élites primarias y secundarias con los contendientes de uno y otro bando se complejizó, y el territorio ganó importancia como escenario de la competición y retaguardia (en los años anteriores ya numerosos refugiados españoles habían llegado al país huyendo de la represión franquista), como cantera de recursos (ya sean materias primas necesarias u hombres para la lucha), o como sustituto temporal de las operaciones de capital (intensificación de las inversiones francesas, que luego caerán de forma importante al final del protectorado).

El sultán Mohamed ben Yussef tardó en unirse al combate por la independencia, pero a partir de finales de los años cuarenta su posición fue inequívoca. Con motivo de su viaje a Tánger en abril de 1947 el sultán declaró su apoyo a la independencia y exigió la unificación de los territorios ocupados. Pocos días antes había tenido lugar en Casablanca una masacre de centenares de personas que se manifestaban contra el acoso a unas mujeres en un episodio en el que participaron también soldados senegaleses.<sup>21</sup> El posicionamiento del sultán llevó a las autoridades francesas a expulsarlo el 20 de agosto de 1953 primero a Córcega y posteriormente a Madagascar. También dirigentes nacionalistas tuvieron que dejar el país o fueron encarcelados y se prohibieron partidos y sindicatos. Una figura títere, Sidi Mohammed Ben Arafa, le

reemplazó brevemente hasta su retorno al país en 1955. Estos hechos reforzaron la figura del sultán, y le convirtieron en un símbolo de la unidad en la lucha por la independencia. La alianza entre el Rey y el Movimiento fue una alianza táctica. Los nacionalistas marroquíes veían en el monarca la figura del futuro dirigente de la nación marroquí y, consecuentemente, reivindicaban el fin de su exilio forzado, haciendo de su retorno una condición ineludible hacia un Marruecos independiente. En la zona española también hubo movilizaciones en favor del sultán, pese a que el Alto Comisario García-Valiño había manejado la hipótesis de utilizar la figura del Jalifa de la zona española, Muley Hassan, para ocupar el sultanato o incluso para liderar una zona independiente en el norte (Villanova y Mateo Dieste, 2017: 252-253).

La efervescencia social en estos últimos años del protectorado fue enorme. En el mes de agosto de 1953 nuevos episodios de protesta en la ciudad de Oujda finalizaron con la muerte de centenares de personas (entre ellas 23 europeos y marroquíes colaboradores). 1.180 personas fueron arrestadas. En diciembre una bomba explota en el Mercado central de Casablanca causando 18 muertos. El 14 de julio de 1955 otra bomba estalla en una cafetería del barrio casablanqués de Mers-Sultán, provocando las iras de grupos armados europeos que atacan comercios, pequeños taxis y provocan incendios, con un balance final de 60 muertos. Casablanca es declarada región bajo control militar. Los altercados se suceden en diferentes poblaciones marroquíes: Marrakech, Mulay Idriss Zerhun, Ued Zem, Khuribga, El Jadida, Khemisset.

En este clima de revuelta, las autoridades francesas firmaron con el sultán los Acuerdos de La Celle-Saint-Cloud el 6 de noviembre de 1955, que marcan el fin del protectorado, ratificado con el acuerdo franco-marroquí de 2 de marzo de 1956, y el acuerdo hispano-marroquí de 7 de abril del mismo año. El sultán había incorporado una nueva simbología como encarnador de la nación en torno a rituales inexistentes hasta la fecha como la fiesta del trono, ideados por los nacionalistas y potenciados por los colonizadores en su política de apoyarse en ciertas élites nacionales. Tras la independencia esta simbología, que incorpora el relato del exilio, se convierte en decisiva en la construcción de la figura del rey,<sup>22</sup> el *malik*, tal y como revelan los conjuntos decorativos diseminados por todo el país que configuran el lema «*Allah, al-watan, al-malik*» (Dios, patria y rey), y que los ulemas orgánicos se han encargado de legitimar.

## **Marruecos nacional**

La estructura de poder postcolonial en Marruecos se transformó de forma relevante con la descolonización. La jerarquía y relación entre

las élites primarias, incluso la identificación de estas, difieren del período anterior. El tipo de régimen de poder se mantiene como un régimen de élites y recursos diversificados durante un breve lapso, para evolucionar de forma rápida hacia la concentración de poder alrededor de la monarquía (élites concentradas y recursos diversificados). En este tipo de régimen las élites políticas tienen una gran capacidad para reprimir y lo hacen si se ven amenazadas. Pero también tienen un gran margen de maniobra, negociación y cooptación, pues pueden hacer concesiones en el control de algún recurso al tiempo que mantienen el control sobre el resto de recursos. A los movimientos sociales les es muy difícil mantener la movilización, pues, aunque pueden conseguir victorias parciales, estas solo servirán para desactivar a parte de las personas que participan en la movilización. Además, la negociación de estas pequeñas concesiones acostumbra a dividir al movimiento social y a ser una palanca para la cooptación de algunos dirigentes, lo que debilita todavía más la movilización (Feliu e Izquierdo Brichs, 2016).

Las élites francesas perdieron el control del Estado, recurso fundamental como hemos visto para el dominio de otros campos. A pesar de ello, élites francesas (y en menor medida españolas) seguían teniendo intereses importantes en Marruecos de forma directa o a través de alianzas de diferente signo. Por otra parte, nuevas élites globales vinculadas a instituciones internacionales o a grandes corporaciones intervenían cada vez con mayor intensidad en la política y la economía marroquíes. Y la descolonización dejó el sistema con continuidades que solo fueron cuestionadas formalmente. Un protocolo anexo al Tratado de Roma por el que se crea la Comunidad Económica Europea (CEE) el 25 de marzo de 1957 sirvió de marco para el mantenimiento de relaciones privilegiadas entre Francia y Marruecos cuando apenas había finalizado el protectorado. El objetivo nacionalista era no solamente expulsar a los colonizadores del territorio, sino asentar sus propias élites dirigentes sobre la base de los mismos resortes de éxito, es decir, básicamente élites capitalistas nacionales. Los regímenes nacionalistas árabes actuaron principalmente para fortalecer el capitalismo y una clase capitalista emergente ligada al Estado, aunque con ello se vincularan paradójicamente a estructuras imperialistas (Hanieh, 2013: 63).

La gran competición por el poder durante las dos primeras décadas de la independencia se estableció entre la monarquía (el sultán Mohamed Ben Yusef pasa a ser el nuevo rey Mohamed V) y los integrantes de lo que había sido el Movimiento nacional, el grueso de partidos y agrupaciones políticas que lideraron la lucha por la independencia. La alianza tardía que marcó el final del período colonial entre estos dos sectores se rompió rápidamente. Leveau reflexiona que podría haberse dado una entente entre Mohamed V y la burguesía de Fez, el grueso de los dirigentes nacionalistas, más próximos por formación y cultura,

pero la monarquía optó por apoyarse en los notables rurales y en el campesinado (los *fellah* que dan título a su obra) sin perder los apoyos de la burguesía urbana asustada por el ascenso del proletariado (Leveau, 1985: 235). Estos notables rurales habían perdido parte de la influencia conseguida gracias a su alianza o contemporización con el poder colonial, pero preservaban su capacidad económica. La monarquía deseaba contrarrestar la influencia conseguida por los nacionalistas con base urbana. Los sectores asociados al Istiqlal que aceptasen su pérdida de influencia serían compensados manteniéndose su estatus de burguesía comerciante, o élites secundarias urbanas vinculadas a instituciones.

La posibilidad de constitución de un partido único, a imagen de lo que serán el Partido Socialista Desturiano (PSD) tunecino y posteriormente el Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino, parecía bastante viable bajo el impulso legitimador que había obtenido el Partido del Istiqlal en la lucha por la independencia; dicha opción quedó rápidamente descartada por la monarquía, que impulsó la promulgación en 1958 del Código de Libertades Públicas (CLP) y, sobre todo, la prohibición explícita del partido único por la Constitución de 1962 (Bendourou, 1986). El marco político y legislativo promovido desde Palacio real fue el de un sistema monárquico pluripartidista. Aunque los sectores nacionalistas eran entonces fuertes en la administración, ya que se habían beneficiado del proceso de marroquinización tras la salida de franceses y españoles, y tenían una fuerte legitimación y una base social muy amplia, la lógica de representación electoral contribuyó inevitablemente a la fragmentación del movimiento nacional (ya de por sí una alianza débil de sectores heterogéneos). Esta lógica competitiva se sumó a los ajustes de cuentas entre sectores nacionalistas que ya se habían iniciado antes de la independencia y que continuó con mayor crudeza en el momento de declararse la independencia, uno de los episodios más silenciados de la reciente historia marroquí.<sup>23</sup>

El breve gobierno progresista de Abdalá Ibrahim (diciembre de 1958-mayo de 1960) de la Unión Nacional de Fuerzas Populares (UNFP) declaró su voluntad de introducir reformas profundas, pero su mandato testimonia la imposibilidad de hacerse con el control de un sistema ya dominado por la monarquía y de aplicar un programa socialista en las antípodas de los intereses de Palacio (Palazzoli, 1974: 244-245). Durante el gobierno Ibrahim se alternaron medidas como la creación de la Seguridad Social o la recuperación (parcial) de tierras en poder de colonos extranjeros (el número de europeos en el país era de alrededor de 100.000 en 1965), con acciones represivas como el sofoco de la insurrección del Rif de 1958<sup>24</sup> o la disolución del PCM en febrero de 1960 (Camau, 1971: 164). Las exigencias de la base popular de la UNFP chocaron con la prudencia reformista de la dirección, y el resultado fue una política vacilante.

La anunciada reforma agraria no fue finalmente desarrollada según lo planeado. Esta cuestión era especialmente importante en cuanto en ese momento todavía un 70 % de la población dependía de la agricultura. Un plan quinquenal que debía abarcar desde 1960 hasta 1964 y que incluía expropiaciones quedó paralizado por la caída del gabinete. El gobierno posterior se planteó, en cambio, desde 1961 el desarrollo prioritario del sector agrícola moderno agroexportador que atrajera divisas dejando en un segundo plano la cobertura de las demandas del mercado interior marroquí. El programa ambicioso de construcción de embalses (25 grandes embalses de 1966-1982, destinados al regadío de unas 667.000 hectáreas) se diseñó en esta dirección (Akesbi, 1986). Esta política fue apoyada por los dirigentes del Partido de Istiqlal, una parte de los cuales se convirtieron en grandes terratenientes (Mouhsine y Lakmahri, 2014). Si en 1950 Marruecos era exportador neto de cereales, a finales de los setenta entre el 40 % y el 50 % de los cereales requeridos en el país tenían que ser importados (Seddon, 1984: 15). La Operación Labour diseñada para fortalecer el sector moderno dejado por los colonos ha sido analizada como un ejemplo de la connivencia entre los gerentes de los Centros de Obras y los mayores terratenientes (Lazarev, 2014). En cuanto a las tierras en poder de colonos europeos, entre 1957 y 1972 se redistribuyeron 181.000 hectáreas. Del 1956 a 1965 fueron compradas 500.000 hectáreas por marroquíes pertenecientes mayoritariamente a las élites económicas del país o altos oficiales del ejército (Henry y Springborg, 2010). Una parte de las 300.000 hectáreas que aún quedaban en manos de los colonos fueron otorgadas a agricultores agrupados en cooperativas, mientras los grandes propietarios adquirieron de nuevo otra parte sustancial (Khrouz, 1992).

Debido a la fuerza de la movilización social, y a las necesidades de la inversión que se basaba en buena parte en la capacidad de endeudamiento público, estos eran años en los que se propugnaban políticas keynesianas y una fuerte intervención del Estado para impulsar el desarrollo y el bienestar social, en un ciclo en esta dirección no solo en los países de la región con opción socialista, sino también en aquellos con una aproximación más liberal. En este período se produjo cierta expansión del sector público y del aumento del gasto social, tal y como reclamaban partidos políticos de la oposición y sindicatos protagonistas de diversas reivindicaciones [(Benhlal, 1984); (Ayache, 1997); (López García, 1989)]. El sector económico dominado por el Estado es más pequeño que en otras partes de la región y durante el reinado de Hasán II la opción por un sistema económico liberal era clara, especialmente a partir de 1965 [(Najem, 2001); (Doumou, 1987)]. El intervencionismo estatal en la economía fue importante hasta los años setenta. Hernando de Larramendi indica los sectores donde la participación era más elevada del 50 %: agroalimentarios, industria extractiva, refinado del petró-

leo, agua, electricidad, transportes y comunicaciones, manufacturas y ciertos servicios (Hernando de Larramendi Martínez, 1994: 52). La burguesía agraria y la clase industrial se beneficiaron de esta protección estatal (por ejemplo, de las inversiones públicas agrícolas en áreas de riego, la protección comercial, las desgravaciones fiscales o los préstamos subsidiados para establecer industrias de sustitución de importaciones). La intervención estatal directa en la economía siguió siendo importante en los años setenta (Maalainine y Di Tota, 2006), aunque debido a la creciente debilidad de la izquierda y los movimientos sociales, se debilitaron los mecanismos redistributivos y creció la corrupción y la apropiación privada de los recursos públicos.

Por otra parte, se producían cambios sociales que ganarían importancia. Después de la independencia de Marruecos, un número creciente de mujeres urbanas se incorporaron al mercado laboral. La tasa de actividad económica de las mujeres en las zonas urbanas aumentó del 5,6 % en 1960 al 10,8 % en 1971 (Ennaji, 2013: 54).

Los primeros contactos de Marruecos con las instituciones financieras internacionales habían tenido lugar en la década de los sesenta, durante la primera gran crisis financiera. Ya en 1960 la Banque Nationale de Développement Economique (BNDE) había solicitado al BIRD un préstamo, que fue rechazado debido a la orientación dirigista del banco marroquí (Oualalou, 1969: 129). En 1964 una misión del BIRD visitó el país y emitió sus recomendaciones (bajar los gastos sociales) (Akesbi, 1986: 545). En mayo de 1967 se constituyó en el Banco un Grupo consultivo multinacional sobre la ayuda a Marruecos (Grupo Marruecos) integrado por FMI, OCDE, BEI, ONU, y 10 países occidentales (Berramdane, 1987: 301). La ayuda selectiva se subordinó al respeto de las recomendaciones y empezó a llegar en 1969 y marcó los sucesivos planes quinquenales.

La corta experiencia del gobierno Ibrahim finalizó con la detención de sesenta miembros de la UNFP en diciembre de 1959, acusados de complot contra la monarquía. Acto seguido el gabinete gubernamental dimitió y pasó a la oposición, mientras que el PI conservó algunos cargos en el nuevo gobierno. Mohamed V asumió la presidencia de este y Mulay Hasán (el futuro Hasán II) pasó a ocupar la vicepresidencia y el Ministerio de Defensa, dos cargos clave (Balta, 1994: 104).

Los partidos surgidos del Movimiento nacional se fueron fraccionando. Ya en fecha muy temprana, 1957, del PI se desmarcó una parte del sector rural, que formó poco después el conservador Movimiento Popular (MP) liderado por Mahjub Ahardan y el doctor Jatib. En septiembre de 1959 se constituyó la tendencia que tres años más tarde dio lugar a la UNFP, y que aglutinó el grueso de militantes de extracción obrera dirigidos por Mehdi Ben Barka (Régnier, 1975: 347). En 1972 de esta surgió la Unión Socialista de Fuerzas Populares (USFP) impulsada por el

llamado grupo de Rabat (liderado por Abderrahim Buabid, y que integró sectores intelectuales y de las juventudes) frente al grupo de Casablanca (dirigido por Abdalá Ibrahim, que agrupó lo esencial del aparato sindical a través de su vínculo con la UMT) (Marais, 1969: 1175-1178). Mucho después, en 1989, de la USFP se desgajó el Partido de la Vanguardia Socialista y Democrática (PADS).<sup>25</sup>

El deslizamiento de la estructura de poder hacia un sistema hegemónico, en el que la monarquía ejerce de hegemón mientras que el resto de actores posee escasa autonomía funcional, ha sido lento pero imparable (Leveau, 1997). La monarquía logró situarse fuera del control constitucional, es decir, por encima de cualquier restricción (Agnouche, 1987), mientras que intervenía en el gobierno a través del nombramiento de los denominados «ministerios de soberanía» (Interior, Exteriores, Justicia, Asuntos Religiosos), cuyos titulares eran escogidos directamente por Palacio. Los recursos de los que disponía la monarquía en ese momento eran ya muy importantes, cubriendo diferentes campos (incluida la legitimidad religiosa derivada de su condición de Comendador de los Creyentes). El control gubernamental permitió asimismo incidir directamente en los resultados electorales desde las cloacas del Ministerio del Interior, y también a través de la compra de votos y voluntades. Para debilitar todavía más a estos sectores políticos, el nuevo Parlamento se dividió en dos cámaras, una de ellas elegida de forma indirecta, lo que permitía colocar a los notables aliados de Palacio y a los nuevos cooptados. Desde Palacio se impulsó la creación de los llamados partidos «oficialistas», que se han ido sucediendo hasta la actualidad: Frente para la Defensa de las Instituciones Constitucionales (FDIC), Agrupación Nacional de Independientes (RNI), Unión Constitucional (UC), hasta llegar al actual Partido Autenticidad y Modernidad (PAM). El poder patrimonial de naturaleza hereditaria se apodera del Estado como estructura de acceso a recursos (administración, medios económicos, fuerzas del orden) (Achcar, 2013).

Los integrantes de las nuevas instituciones (Gobierno y Parlamento) constituían las nuevas (o viejas) élites secundarias con acceso a recursos materiales y simbólicos de cierta relevancia, pero sin una capacidad de decisión trascendente, especialmente en campos que podían colisionar con los intereses de Palacio u otras grandes élites (Parejo Fernández, 1999). La administración se convirtió en un espacio preferente para dar cabida a la nueva generación de cuadros formados en el Marruecos independiente.

El monopolio de la violencia y el uso de la coerción se convirtió en un recurso fundamental para dar forma al campo político en buena parte de la región, sobre todo a medida que se implementaban las medidas más impopulares y se marginaba y reprimía a los movimientos sociales y la izquierda. La falta de legitimidad de los regímenes y la necesidad de las

élites de controlar directamente el Estado exigían la represión de cualquier oponente o movimiento social que pudiera desafiar este control. El largo período represivo que se extendió desde la independencia hasta finales de los años ochenta es conocido como «los años de plomo». Durante esos años, centenares de personas fueron secuestradas y dadas por desaparecidas, especialmente en el Sahara Occidental ocupado desde 1975, otras tantas murieron cuando se encontraban bajo detención policial, y las torturas a los prisioneros políticos fueron recurrentes.<sup>26</sup>

Mohamed V y su sucesor desde 1961, Hasán II, enfatizaron en sus discursos la representación de la unanimidad del pueblo que se había manifestado en el combate por la independencia, y el necesario papel de arbitrio de la monarquía ante las contradicciones que atravesaba la sociedad marroquí. Asimismo, en un período enmarcado en la fractura Este-Oeste de la guerra fría, el discurso armonizaba con las alianzas exteriores que situaban a Marruecos en el bloque occidental: democracia liberal con sus «especificidades marroquíes», economía de mercado y abierta, moderación del discurso religioso, aliado fiable de Occidente frente al socialismo dirigido por la URSS y otros países radicales.

A la muerte de Mohamed V en 1961, Hasán II le sustituyó como rey y como Primer Ministro. El PI de Allal al Fassi se desmarcó de la política oficial con el abandono del gobierno en enero de 1963, en parte como movimiento táctico para preparar las próximas elecciones desde una posición de distanciamiento con el poder. Cientos de detenciones tuvieron lugar durante este período, de los más convulsos de la historia marroquí reciente. Las posiciones críticas de miembros de la UNFP con relación al breve conflicto fronterizo con Argelia por el control de la zona en torno a Tinduf –la llamada «guerra de las arenas»– constituyó la coartada para la continuación de la represión de esta formación (Wild, 1966). Este proceso de concentración de poderes culminó en 1965 cuando en marzo tuvieron lugar serios disturbios en Casablanca y otras ciudades del país.<sup>27</sup> Ante la tensa situación social, en junio de 1965 Hassan II proclamó el estado de emergencia que le permitió asumir la totalidad del poder ejecutivo y legislativo.

En esta competición por el poder cada vez más asimétrica, los partidos de la oposición establecieron puntualmente alianzas a pesar de sus diferencias, empujados por la necesidad de unir esfuerzos en una situación de inferioridad de condiciones. Un Frente Nacional (*Kutla al Uatania*) que aglutinó al PI y la UNFP se movilizó con motivo del referéndum sobre la nueva Constitución de julio de 1970 y de las elecciones legislativas de 1970 (Palazzoli, 1974: 248). Esta alianza tuvo una duración breve debido a los desacuerdos entre sus integrantes.

Los golpes de Estado militares de julio de 1971 y agosto de 1972, si bien mostraron la fragilidad de la posición de Palacio, abrieron la puerta a un mayor control tanto del sector securitario (desaparición de la

figura del ministro de Defensa, cuyas atribuciones pasaron a ser ejercidas por el monarca) como del campo político en general. El inicio de la guerra en el Sahara Occidental a partir de 1976 fue providencial al permitir confinar al ejército en los límites meridionales del reino, alejándolo físicamente de la capital. Otros cuerpos adquirieron protagonismo tras los golpes. La gendarmería real (el equivalente a la guardia civil) es un cuerpo autónomo vinculado al Ejército y supervisado por el monarca que actúa fuera de las grandes ciudades y cuyas funciones se vieron reforzadas. Los diferentes cuerpos de inteligencia, la mayor parte de ellos también creados entonces, establecen relaciones complejas entre ellos, ya que se ocupan de asuntos parecidos y el predominio de unos sobre otros depende de quién los dirige en cada momento.

El poder político determinó el acceso a los recursos económicos. La familia real accedió a algunas de las mejores tierras y sus miembros se convirtieron en los principales terratenientes del país, adquiriendo también algunos de los principales negocios dejados por los colonos. También la estrategia de sustitución de importaciones o el inicio de las privatizaciones en sectores claves de la economía ya en los años setenta benefició a Palacio y a familias estrechamente vinculadas con él. Todo ello permitió a la monarquía establecer pactos sucesivos con sectores de la población, establecer una gran red clientelar, e impedir la competición en el ámbito económico (Saadi, 2016). La alta burocracia, los empresarios vinculados al capital internacional o los grandes terratenientes se beneficiaron también de estos procesos. Saadi explica cómo algunas grandes familias (Kettani, Sekkat, Berrada, Tazi, etc.), lograron nombrar a sus hijos y parientes en puestos estratégicos dentro de la administración pública marroquí, bancos nacionales y organizaciones semipúblicas, principalmente para obtener acceso privilegiado a recursos económicos y financieros (Saadi, 2016). La nueva ola de marroquinización impulsada como estrategia legitimadora tras los golpes de Estado favoreció una concentración financiera en beneficio de altos funcionarios de la administración, responsables del Estado y ciertas familias marroquíes que dependen del aparato estatal para consolidar su posición (Driss y Mouna, 2007). Una ley promulgada en 1973 alentó a estos sectores a obtener una participación mayoritaria en empresas francesas que debían tener un 51 % del capital en manos de nacionales marroquíes.

Acompañando a este poder político y económico, la monarquía tuvo que construir todo un imaginario basado en una reinención de la tradición, apelando a su condición de «príncipe de los creyentes» (*emir al-mu'minin*), como líder de la comunidad musulmana, visible en la omnipresencia de retratos para legitimar su figura y hacer frente tanto a los intentos de atentado, como a los futuros desafíos que sucederán en el mundo árabe tras la Revolución islámica de Irán de 1979.<sup>28</sup>

## Marruecos liberal

La estructura de poder en las dos últimas décadas de reinado de Hasán II consolida la hegemonía de la monarquía sobre el resto de los actores del sistema. Las novedades conciernen básicamente a los actores secundarios. Una figura emergente fue la del todopoderoso ministro de Interior, Dris Basri (de 1979 a 1999), bajo cuya dirección el ministerio amplió de forma sustancial su tamaño y atribuciones, reproduciendo en miniatura la estructura gubernamental, y asemejándose a un Estado dentro del Estado. Desde aquí se dirigió la continuación de la represión, mecanismo fundamental para comprender la evolución del campo político y social en Marruecos. Sucesivos pactos ampliaron las élites secundarias asociadas al sistema. En los años 70, un primer pacto atrajo a una parte de la tecnoburocracia y de las clases medias, incluyendo también un espacio de entendimiento (frágil) con la oposición política más moderada. El elemento que desbloqueó las relaciones con estos sectores fue la asimilación por la monarquía del discurso nacionalista relativo al Sahara Occidental, a pesar de que este tema había sido promovido básicamente por la oposición y había ocupado un espacio marginal en el discurso real hasta entonces. La situación de debilidad de la clase política por los factores ya apuntados, hizo el resto. La reivindicación nacionalista consiguió desbloquear la crisis política, resacralizar la institución monárquica y engendrar un clima de unidad nacional. La clase política no dudó en enarbolar la bandera de la «recuperación» del territorio, y en marzo de 1977 cuatro líderes de partidos (entre ellos Muhammad Bucetta del PI y Abderrahim Buabid de la USFP) aceptaron integrarse en el gobierno como ministros de Estado sin portafolio. Las elecciones de 1977 contribuyeron al desembarco de sectores burocráticos y de la alta burguesía en la cámara de representantes, mientras que las élites rurales copaban el campo político local (el 56,57 % de los candidatos y el 62,04 % de los electos locales en 1976 eran agricultores) (Parejo Fernández, 1999: 124-127).

Paradójicamente, en este período de proclamas nacionalistas, la participación de agentes económicos exteriores en el proceso de toma de decisiones condicionó buena parte de la capacidad de maniobra del país. El desarrollo económico esperado no se estaba produciendo, si bien Marruecos disfrutó de un auge modesto hasta 1976, cuando colapsaron los precios del fosfato. Esto unido al cierre progresivo del mercado (común) europeo, y el coste de la guerra en el Sahara Occidental [el Banco Mundial estimaba que en 1977 la guerra suponía el 22 % de los gastos del gobierno, más del 9 % del PNB (Sutton, 1987: 7)] eran algunos de los factores, no los únicos, que lastraban la economía.

La alianza política y militar se fue estrechando cada vez más con las élites de Estados Unidos y de las principales potencias europeas en la

continuación del contexto de guerra fría que las autoridades marroquíes supieron aprovechar para garantizar el apoyo al régimen, sin perder la posibilidad de una cooperación económica con la Unión Soviética.

Fue desde finales de los años setenta y principios de los ochenta cuando Marruecos se ató de forma estrecha a los principios y mecanismos del orden económico internacional liberal. Esto se hizo fundamentalmente a través del agravamiento del capítulo de la deuda y la influencia de las instituciones financieras internacionales [a mediados de los 80 el 52% de las aportaciones del Banco Mundial (BM) al Magreb tenían como destino a Marruecos (Gazzo, 1987)] de la evolución de la apertura comercial centrada sobre todo en la relación desigual con la CEE (continuación de las negociaciones individuales en el marco de la Asociación Euromediterránea desde 1995) y del avance de las privatizaciones (vía preferente para la llegada de IDE especialmente en los años noventa).

La cuestión de la deuda fue, de nuevo, la vía preferente del anclaje internacional, al ser Marruecos pieza necesaria de la periferia del sistema. A principios de los años ochenta el país era dependiente de la ayuda y de los créditos exteriores (Seddon, 1984: 15). Esta ayuda tenía un carácter tanto multilateral (a finales de la década su volumen alcanzó 21.660 millones de dólares), como bilateral (otorgada por países occidentales industrializados y por la OPEP, solo estos últimos con un montante de 1.800 millones de dólares de 1980-1983). El empeoramiento del servicio de la deuda externa de Marruecos se puede fechar en 1983, coincidiendo con la crisis internacional de la deuda. Las dificultades para su retorno comportaron sucesivos reescalonamientos, con la consiguiente subida de los intereses del servicio de la deuda. El FMI llegó a un acuerdo *stand-by* con Marruecos en septiembre de 1983, al que siguió un reescalonamiento de 510 millones de dólares en el encuentro del Club de París (formado por los gobiernos acreedores) el mes siguiente. El plazo fijado fue de ocho años con un período de gracia de cuatro. Arabia Saudita tomó medidas similares en 1984 con su parte de la deuda. En los siguientes años se dieron varios reescalonamientos de este tipo. En 1990 Marruecos negoció un nuevo acuerdo de reestructuración en el marco del plan Brady.

Todos estos préstamos estaban condicionados a la introducción de una serie de reformas bajo el lema de «estabilización y ajuste». Desde la introducción de este primer Plan de Ajuste Estructural (SAP), aumentó la presión para que Marruecos se integrase plenamente en el mercado global. En 1983, el FMI aprobó un programa de reformas que Marruecos debía implementar para poder obtener nuevos préstamos, entre las que se incluían una devaluación progresiva del dirham, la renegociación de parte de la deuda externa, grandes cortes en el gasto público (incluida la inversión), la eliminación de los subsidios a los

productos básicos, o la reforma de las empresas públicas (Seddon, 1984: 15). Los representantes marroquíes debían comprometerse también a facilitar todo tipo de información relativa al estado de la economía (Leveau, 1987: 6). Y ello tuvo también consecuencias en el control demográfico del país, a raíz de las presiones recibidas por el Banco Mundial desde principios de los años 1970 para reducir la natalidad y difundir los anticonceptivos (Bouzidi, 1980).

Con respecto al comercio internacional y la continuación de los vínculos con las antiguas potencias coloniales, la legislación fue modificada para facilitar la participación marroquí en el comercio internacional (plan económico de 1973-1977). A mediados de los ochenta, unas dos terceras partes de las exportaciones se destinaban a países de la Europa comunitaria, y de estos una media de 26,5 % se dirigían a Francia (Henry, 1985: 677). Parte del terreno perdido por Francia había sido ganado por la vecina España, que pasó de un 11 % en 1976 a un 17 % a mediados de los ochenta. Marruecos ingresó en el GATT en 1987. Tras el lanzamiento de la Asociación Euromediterránea en la Conferencia de Barcelona de noviembre de 1995 el proyecto era la constitución de una gran zona de libre comercio. Esto se concretó de forma bilateral con la firma de acuerdos entre la UE y los países MENA implicados, sin que estos últimos impulsaran una negociación común a pesar de su posición similar en el sistema-mundo, y sin que pudieran avanzar los acuerdos Sur-Sur. El acuerdo con Marruecos se firmó rápidamente, en 1996 (entró en vigor en 2000), y se acompañó de paquetes de ayuda y de promesas de afluencia de inversiones que no se cumplieron. La naturaleza estructural de los intercambios entre Marruecos y la CE dificultó el desarrollo de una industria y de unas tecnologías propias al tener las exportaciones marroquíes un escaso valor añadido, mientras que las importaciones procedentes de Europa lo tenían elevado (Habeeb, 1993: 206-207).

La política de privatizaciones se desarrolló con fluctuaciones desde los años setenta, para generalizarse desde finales de los años ochenta. Una ley específica de 1993 dio el empujón final. Las inversiones estatales marroquíes ya habían disminuido en una tercera parte durante la segunda mitad de los años ochenta. A principio de los noventa se contabilizaban unas 700 empresas con capital estatal con un peso en el PIB del 17 %. Durante el período 1993-2003, 40 empresas y 26 complejos hoteleros fueron total o parcialmente privatizados por un valor de 6.400 millones de dólares (UNCTAD, 2008: 4). A este proceso se debía la mayor parte de la Inversión Directa Extranjera (IDE) que llegó a Marruecos en este mismo período [el Código de Inversiones de 1983 eliminó la limitación a la participación de capital extranjero en las empresas (Ammor, 1987)], que se cifraba en 10.700 millones de dólares. En estos años Marruecos se perfilaba como el primer destino de IDE en África

(un 90 % procedentes de Europa, con Francia y España en cabeza). La legislación también se modificó para permitir la salida del país de los beneficios de estas ventas o inversiones.

Estas políticas, vinculadas con las necesidades de disminución del papel del Estado, y de ajustes, tuvieron un impacto directo sobre la población. Las autoridades marroquíes decidieron disminuir la contribución del Tesoro Público a la Caja de compensación, y suspender algunas subvenciones a productos básicos. La aplicación de estas y otras medidas trajo consigo una importante subida de precios y pérdida de poder adquisitivo de los sectores más vulnerables. Las movilizaciones sociales de protesta contra estas decisiones fueron constantes en este período. La Confederación Democrática del Trabajo (CDT) y la UMT convocaron una huelga general en junio de 1981, que fue seguida masivamente, especialmente en Casablanca. Como en otras ocasiones, la actuación policial salvaje provocó sus víctimas; el balance final es escalofriante: según la oposición entre 600 y 1000 muertos, según las fuentes oficiales 66 muertos [(López García, 1981: 260-261); (Daoud, 1981)]. Tres años más tarde, en enero de 1984, se produjeron nuevas revueltas protagonizadas por los estudiantes, ante el anuncio del aumento de los precios de los alimentos de primera necesidad y de las matrículas de enseñanza. Las manifestaciones se iniciaron en Marrakech y posteriormente se extendieron por diferentes ciudades del país, principalmente en el norte (Paul, 1984).<sup>29</sup> En 1990, los sindicatos convocaron la huelga general, y de nuevo los estudiantes fueron la punta de lanza de este nuevo ciclo de protestas que se extendió por el país.<sup>30</sup>

Parte de la presión sobre la población se reguló a través de la expulsión por el sistema de decenas de miles de trabajadores hacia el extranjero. La población de las áreas rurales había pasado a final de los años ochenta a un 55 % de la población (Europa, 1993: 711), mientras que el sector primario en Marruecos proporcionaba en 1986 un 26 % del PIB. En cuanto a la autosuficiencia alimentaria, los déficits de cereales, de azúcar y de leche eran del orden del 35 al 45 % y del aceite comestible llegó hasta el 80 % (Akesbi, 1991: 443-444). La emigración, constante durante el siglo xx, se aceleró a partir de la década de los sesenta. En 1974 se estimaba la población de marroquíes en Francia en 302.255 personas (Khader, 1992: 154) cifra que experimentó un espectacular aumento durante la década posterior; en 1988 se calculaba en 516.400 (Escallier, 1991: 95). Las transferencias de ahorro de los trabajadores marroquíes siguieron una tendencia ascendente durante el período 1971-1988, y se multiplicaron por trece, pasando de 363 millones a 4.322 millones de francos.

¿Cómo afectaron estos cambios a los mecanismos de la monarquía para controlar los diferentes campos de acción? Después de 1983, la congelación del empleo gubernamental, las reducciones arancelarias y

el libre comercio, la eliminación de la mayoría de los controles de precios y algunos monopolios comerciales estatales y varias otras medidas de liberalización económica requeridas por el FMI o el Banco Mundial tendieron a erosionar los tradicionales recursos clientelares del majzén (Henry y Springborg, 2010). El control del Estado seguía siendo fundamental en esta coyuntura (véase más adelante el pacto de la alternancia). Pero los procesos anteriores se canalizaron en beneficio de las élites económicas en ejercicio, que, como había ocurrido en los años setenta con la marroquinización posterior a los golpes de Estado, eran el único segmento de la sociedad marroquí que poseía el capital necesario para intervenir en ellos (Najem, 2001). Las reformas proliberalización se promulgaron de manera que finalmente reforzaron y ampliaron la red clientelar del majzén hacia el capital en un contexto de imbricación creciente entre el campo político y económico y de deriva hacia una mayor desigualdad (Denoeux, 2007). El sector empresarial debió adaptarse a estos cambios. Si algunos empresarios vieron afectados sus negocios por estos procesos de apertura, la proximidad a los medios de Palacio y del gobierno constituyeron una garantía de cierta protección (inestable). Los cambios en las reglas del juego estimularon la reorganización de la patronal. Este fue el caso de la Confederación General de Empresas Marroquíes (CGEM), que se asoció de forma más estrecha a las decisiones políticas (campaña de «saneamiento» lanzada por Interior en 1996, y participación posterior en negociaciones) (Sater, 2002). Coincidimos con Cammett en que la movilización de los empresarios en contra de algunas prácticas de interferencia en los procesos de libre competición solo podía ocurrir en los márgenes, dada la estructura de poder ya descrita (Cammett, 2007).<sup>31</sup>

En todos estos procesos de liberalización la monarquía se encontraba muy bien situada para obtener beneficios privados. Hasán II adquirió en 1980 el control del conglomerado Omnium Nord Africain (ONA) con participaciones en los principales bancos comerciales. En 1987, este holding industrial y financiero se hizo con una participación importante del Banco Comercial Marroquí (BCM), el principal banco privado, así como en otros bancos. Otros conglomerados marroquíes cercanos a Palacio, los grupos Kittani y Lamrani, controlaban dos de los cinco bancos privados restantes hasta 2004. A través de ONA la familia real se hizo cargo de empresas estatales como la Sociedad Nacional de Inversiones (SIN) con participación en sectores muy diversos (minería, comercio, servicios, etc.) (Saadi, 2013).

En la «década reformista» de los años noventa, última del largo mandato de Hasán II, confluyeron dos procesos. Por una parte, la lenta transformación de las organizaciones de masas. Desde la constitución del consenso a finales de los años setenta su proceso de debilitamiento fue inexorable. El espacio de los partidos de la oposición legal pasó a

ser marginal si lo comparamos con el ámbito que ocupaban en los años cincuenta. La oposición pasó de representar un 75 % de los votos en 1960 y un 40 % en 1977, a situarse en un 25 % en 1984 (incluso si estos resultados estaban cocinados, debe inferirse una tendencia general). La necesidad para la oposición de unir sus fuerzas era acuciante. El 17 de mayo de 1992 nació el Bloque Democrático (*Kutla Dimoqratia*), formación que integraba cinco partidos: PI, USFP, UNFP, Partido del Progreso y del Socialismo (PPS) y Organización de la Acción Democrática y Popular (OADP) (partido heredero del Movimiento 23 de marzo vinculado al movimiento marxista-leninista). Y por otra parte, la necesidad para el régimen de mejorar su imagen internacional ante las crecientes críticas a las prácticas represivas de los años de plomo, en un contexto internacional de fin de la guerra fría y de incertidumbre sobre la continuidad de la alianza privilegiada con las élites occidentales, en un contexto de competencia regional por unos recursos limitados (ayuda, reescalonamiento de la deuda, votos en el Consejo de Seguridad, etc.).

Los dos factores, disminución de la influencia de partidos y sindicatos, y necesidad de enviar señales de que se estaba en la «transición a la democracia» formal demandada por los socios occidentales, explican el segundo pacto del período, el gobierno de alternancia. Este contrato ilustra la importancia antes afirmada del control de las instituciones estatales por parte de la monarquía.

A lo largo de la década de los años noventa se produjo una liberalización política muy limitada en su alcance (por la continuación de la estructura de poder concentrada y la práctica autoritaria), que benefició a aquellos sectores que ya habían aceptado las reglas del juego (la oposición institucional heredera del Movimiento nacional), pero dejó de lado a la oposición no institucional (pequeños partidos y agrupaciones de izquierda y del islam político representado por Justicia y Caridad (JyC), dirigido entonces por Abdeslam Yasín), y a gran parte de la población pauperizada. El discurso oficial introdujo nuevas fórmulas retóricas; se promulgó nueva legislación más garantista; se crearon nuevas instituciones (Consejo Consultivo de Derechos Humanos, CCDH, o el Ministerio de Derechos Humanos), y se desplegaron ciertas políticas (liberación de antiguos prisioneros políticos, cierre de los presidios más controvertidos, aparición de los desaparecidos todavía vivos, limitación del nivel de violencia directa ejercida contra los sectores que formaban parte del pacto, etc.).

Como culminación de esta tendencia, por fin la oposición institucional consiguió hacerse con el Gobierno del país. Este acceso no fue producto de un proceso electoral transparente, sino el resultado de un pacto que marginó de nuevo a las instituciones democráticas. Hasán II lo expresó de forma clara: «He decidido el cambio, la renovación y la alternancia».<sup>32</sup> Este pacto venía negociándose infructuosamente desde tiem-

po atrás, pero encontraba un obstáculo en las exigencias de la *Kutla*, consideradas «abusivas» por el monarca: cargo de Primer Ministro y control de los ministerios clave (Exteriores, Interior y Justicia). Los dos gabinetes Lamrani (1992-1993) y los tres gobiernos Filali (1993-1998) representaron un compás de espera. En las elecciones legislativas de 1993, marcadas por las irregularidades, salió victoriosa la coalición oficialista, agrupada bajo el nombre de Entente Nacional (*Wifaq al-Uatania*), e integrada por UC, MP, Partido Nacional Demócrata (PND) y Movimiento Nacional Popular (MNP). En las elecciones de noviembre de 1997 los resultados fueron diseñados para modificar el panorama bipolar clásico del sistema marroquí: un espacio de centro, otro para el oficialismo tecnócrata y un tercero para los partidos de la oposición. Finalmente, el 14 de marzo de 1998 se hicieron realidad las aspiraciones de la oposición y Abderrahmán Yusufi de la USFP presentó un gabinete de Gobierno al monarca. Desde 1960 la izquierda no había formado Gobierno en Marruecos. Durante su mandato pocos elementos de su programa se llevaron a cabo. Sin que el nuevo gobierno tuviera la garantía ni los instrumentos para garantizarse una actuación independiente, sus protestas por el bloqueo de parte de sus iniciativas fueron constantes, pero sin que se produjera un enfrentamiento directo con el poder real.

En el terreno religioso, fueron estos los años en que se consolidó la emergencia de un nuevo actor en el panorama social y político en todo el mundo árabe, el islamismo político, en sus muy diversas formas (desde el reformismo cofrático de Justicia y Caridad (*Al Adl wal Ih-san*), hasta el wahabismo). Esto también hizo mudar ciertas estrategias de control social por parte del Estado, que desarrolló un creciente interés por el monopolio no solo de la fuerza sino también de la legitimación religiosa de la monarquía jerifiana, contestada por gran parte del islamismo político [(Martín Muñoz, 1999); (Tozy, 2000)].

En otro orden de cosas, también es este el período en el que se amplió el alcance de un movimiento social nacido inicialmente en Argelia, con la «primavera bereber» cabilia de 1980, que pronto encontró su extensión en un movimiento asociativo muy activo en las diversas zonas amazig de Marruecos o en la diáspora (Rachik *et al.*, 2006). Los años 1980 y 1990 vieron la emergencia de movimientos políticos identitarios, que en parte reaccionaban a procesos de homogeneización y globalización con la reivindicación de identidades locales, y que en el caso magrebí se vieron impulsados también por las políticas de arabización de los Estados independientes, que excluían la realidad lingüística amazig. En algunas zona como el Rif estos movimientos culturales fueron adquiriendo connotaciones políticas de protesta, que se sumaban a otros factores de discriminación de la zona.

## Marruecos neoliberal

El sistema patrimonial heredado por Mohamed VI en 1999 tras el fallecimiento de su padre va a renovarse en un nuevo contexto internacional y nacional. La identificación de las principales élites secundarias no varía sustancialmente de la época anterior, más allá del acceso de una nueva generación a posiciones privilegiadas en la estructura de poder, que cohabitan con viejos conocidos. La principal novedad en esta fase neoliberal, y esto no es privativo de Marruecos, recae en los cada vez más poderosos gestores empresariales que actúan en un campo nacional oligopolístico y que compiten a nivel internacional como actores globales o transnacionales, y con estrechas conexiones con los negocios de Palacio y con la clase política. Poco antes de iniciarse el reinado de Mohamed VI, en 1996, el periodista Jalid Jamaï contabilizaba unos 3.000 millonarios marroquíes.<sup>33</sup> Las crecientes desigualdades fruto de estas acumulaciones sin límites modifican las jerarquías presentes.

Estas élites económicas, pertenecientes en su gran mayoría a las grandes familias del país, pueden ser simultáneamente o estar conectadas con otras vías de elitización. Una serie de instituciones y cargos posibilitan el acceso a condiciones de privilegio que vinculan economía y política. Los miembros del gabinete real (especialmente los consejeros reales) incluyen algunas figuras de confianza que han estudiado con el rey en el Colegio Real. Las diferentes instituciones vinculadas con el Estado siguen siendo una vía preferente de acceso a recursos: directores de algunos servicios del Estado y de las principales fuerzas de seguridad, algunos ministros delegados, secretarios de Estado o ministros que ocupan ministerios de soberanía (cuyos titulares continúan siendo elegidos por Palacio).<sup>34</sup>

En un nivel inferior, Mohamed VI continúa la práctica ya iniciada por Hasán II de concebir instituciones paraestatales con una función de retribución o cooptación. Las comisiones, consejos, fundaciones, o institutos eluden o marginan a las instituciones del circuito democrático (especialmente al Parlamento) y se encuentran directamente controladas desde Palacio (Fernández Molina, 2011). Estas instituciones se crean *ad hoc* para gestionar ámbitos concretos de la vida político-social marroquí: Derechos Humanos (Consejo Nacional de Derechos Humanos, CNDH), medios de comunicación (Alta Autoridad de la Comunicación Audiovisual, HACA), cuestión amazig (Instituto Real de la Cultura Amazig, IRCAM, en 2001), educación (Consejo Superior de Enseñanza, CSE). Algunas de estas se oficializan en la Constitución de 2011. Otros tienen vida efímera vinculada con misiones específicas: reforma de la *Mudawwana* (código de familia) en 2004, regionalización, reforma de la Constitución, etc. A ellas se unen las diferentes fundaciones reales que poseen recursos enormes, tienen una voluntad de

permanencia y están vinculadas a Palacio a través de sus consejeros. Todo este entramado es útil para cooptar a integrantes de clases medias vinculados con la vieja oposición e incluso a sectores «entristas» (que creen en la utilidad de la colaboración con las autoridades) del movimiento de Derechos Humanos, o como pago a ciertos servicios, en nuevas ampliaciones de los pactos con la monarquía. La creación de la Instancia Equidad y Reconciliación (IER) en 2004 es un buen ejemplo de la capacidad de cooptar a parte de los ex militantes marxistas-leninistas que poblaron las cárceles en los años setenta, y que ya liberados se involucraron en el movimiento de Derechos Humanos [(Feliu, 2005); (Vairel, 2012)].<sup>35</sup>

Estas formas de clientelismo y cooptación tienen lugar en el marco de nuevas y viejas tensiones, como la reforma de la *Mudawwana* en aspectos discutidos que afectaban al estatus de la mujer, como la anulación del tutor, los límites a la poligamia y el derecho al divorcio. Estas propuestas generaron amplias movilizaciones a favor y en contra en la primavera de 2000.<sup>36</sup> La notable oposición de sectores islamistas (Justicia y Caridad y Partido de la Justicia y el Desarrollo, PJD) y de los sectores conservadores del propio gobierno ponían en jaque la imagen reformista de Mohamed VI, quien finalmente impuso su autoridad como máxima figura religiosa del país (Mateo Dieste, 2009), justamente después de la progresiva integración del PJD en el sistema electoral, que devino la tercera fuerza en las elecciones legislativas de 27 de septiembre de 2002. Tras estas elecciones el rey nombró Primer Ministro directamente a un tecnócrata, Driss Jettú, no perteneciente a ninguno de los partidos que se presentaron a los comicios. La oposición institucional (PI y USFP), si bien sin duda se sintió marginada por la decisión, en sus declaraciones de la época situó esta elección dentro de las atribuciones constitucionales del rey, y necesaria para asegurar la unanimidad y enviar un mensaje fuerte a los sectores económicos

La competición por el poder entre estos sectores de segundo orden es constante, sin que afecte a la disposición general del régimen de poder. El otrora poderoso Driss Basri fue apartado por el nuevo rey. Los partidos políticos de la vieja *Kutla* mantienen su alianza sin muchos entusiasmos, ante el mencionado ascenso del PJD, partido populista conservador (islamismo moderado), y la ventaja comparativa del PAM, el partido apoyado desde Palacio. Nuevas élites regionales se proyectan gracias a un renego proceso de regionalización. Los Consejos regionales (instituciones corporativas con una elección indirecta de sus miembros) forman un tejido que sirve para ampliar las bases del régimen, controlado en todo momento gracias a mecanismos indirectos (presupuestos) o el ejercicio de la tutela (Ojeda, 2002). En la CGEM las grandes familias que retuvieron el control hasta 2009 son desbancadas por un nuevo equipo de jóvenes empresarios pujantes que cuenta con el respaldo dis-

creto de la ONA (Patton, 1999). En otras ocasiones, los representantes de las familias tradicionales son apoyados en detrimento de recién llegados no convenientemente conectados (ver por ejemplo la pugna entre la familia Benjellun y Milud Chabbi por el control del Banco Marroquí de Comercio Exterior, BMCE) (Cammatt, 2007). Las relaciones con las élites exteriores son fundamentales, principalmente con Francia (apoyo decisivo al nuevo monarca del anterior presidente Chirac, reafirmado por su sucesor, Sarkozy).

El creciente proceso de liberalización económica y dependencia del mercado libre no implica la desaparición del Estado como estructura y recurso fundamental. Sí que en cambio se observa un cambio en su función. El Estado sigue siendo importante como inversor a través de la Caja de Depósitos y Gestión (CDG) o del Fondo Hassan II para el Desarrollo Económico y Social. Zemni y Bogaert se refieren a la constitución de «arreglos gubernamentales híbridos» en los que el Estado y el mercado conviven de forma simbiótica (Zemni y Bogaert, 2009: 95). El proceso de privatización, de abandono de las inversiones dirigidas por el Estado, se combina con el mantenimiento (precario) de subsidios estatales a la alimentación o a productos clasificados de primera necesidad. La reducción del empleo en el sector público, espoleada por el FMI, se puede combinar con decisiones arbitrarias de oportunidad política como integrar sucesivas bolsas de diplomados en paro, o subir 300 DH el sueldo del conjunto de funcionarios para neutralizar las reivindicaciones del Movimiento 20 de Febrero en 2011.

El Estado también participa en el proceso de concentración avanzada del capital. Este proceso está conectado con los detentores del poder político, con un número reducido de inversores, y con grandes grupos extranjeros (Cammatt, 2007). Se trata de un «capitalismo políticamente determinado» que aprovecha la posición de poder que le garantiza la autoridad política para acumular fortunas considerables (Achcar, 2013). Nepotismo, clientelismo o amiguismo son algunos de los términos utilizados por la literatura que ha estudiado las conexiones crecientes entre economía y política en beneficio de unos pocos individuos. Los mecanismos son diversos, y cambian según sectores, espacios o momentos: implementación diferencial de normas y reglamentos, acceso preferencial a subsidios, protección comercial, acceso privilegiado a recursos financieros o a contratos gubernamentales. En el sector de los bienes raíces o de las telecomunicaciones se ha facilitado por ejemplo el acceso a la tierra (estatal o privada) o a ciertas exenciones fiscales. Los acuerdos comerciales por ejemplo pueden perjudicar los intereses creados en muchas industrias de sustitución de importaciones. Así, algunos autores afirman que el amiguismo es «[...] el mecanismo central que resolvió las contradicciones creadas por la liberalización gradual de la economía en países donde el poder político permaneció altamente auto-

crático» (Cammett *et al.*, 2015). No obstante, como el juego del capital y del poder es siempre de suma cero, si unos ganan otros pierden, y de este modo, por ejemplo, los acuerdos comerciales pueden perjudicar a muchas industrias de sustitución de importaciones. Está claro que la relación con el poder político puede ayudar a aumentar las ganancias o a paliar o retardar los impactos negativos de las decisiones tomadas.

Durante el reinado de Mohamed VI se ha fomentado la creación de empresas gigantes (los campeones nacionales). Maroc Telecom, el operador público de telefonía, inicia su privatización cuando un 31 % de sus acciones son compradas por Vivendi Universal, que pasa a controlar un 51 % en 2004. En este período los ingresos de la compañía se doblan.<sup>37</sup> La gestión del agua y de la electricidad, por su parte, toman la forma jurídica de «gestión delegada»; que se traspasa a dos grandes grupos franceses, que se ocupan del «saneamiento» de tres conglomeraciones urbanas: Casablanca, Rabat-Salé y Tánger-Tetuán. Este proceso se inicia en 1997 con la cesión de la gestión de Casablanca a Lyonnaise des Eaux (actualmente Suez); en 1998 es el turno de Rabat-Salé, tras un breve interregno de capital español y portugués, la sociedad concesionaria (Redal) de estos servicios públicos se traspasa a Vivendi (actual Veolia) en 2002. La misma empresa se hace con el espacio Tánger-Tetuán bajo la denominación de Amendis (Lahlou, 2010). Las derivas de este proceso y las protestas que provocan en 2015 son analizadas en el capítulo dedicado a Amendis por Mercedes Jiménez y Annafs Azzakía Ibn Sbih (Azzakía Ibn Sbih y Jiménez Álvarez, 2018).

En el estudio realizado por Saadi sobre 83 grandes empresas políticamente conectadas (EPC), que pueden superar a sus competidoras gracias a los privilegios que les otorga esta conexión política, el holding real SIN/ONA controla un 32 % de estas empresas, mientras la segunda posición la ocupa un grupo integrado por dos ex primeros ministros y varios ministros (24,7 % de las EPC analizadas); y parlamentarios marroquíes estarían vinculados con un 21 % (Saadi, 2016). El papel del Estado y de las instituciones sigue siendo muy relevante en el conjunto.

La monarquía y su entorno más inmediato conforman la cúspide de este capitalismo privado pero ligado directamente a las élites políticas e íntimamente vinculado con élites corporativas globales. En 2014 la revista *Forbes* informaba de que Mohamed VI era el dirigente más rico de África, con una fortuna estimada entonces en 2.100 millones de dólares. La fortuna real está gestionada por la Sociedad Nacional de Inversiones (SNI), que tiene en su interior los holdings Ergis y Siger. La monarquía y su entorno se reservan la participación necesaria en diferentes sectores (casi monopolio en sectores económicos clave). El patrimonio incluye importantes participaciones en las empresas Les Domaines Agricoles (agrobussines), Primarios, Compagnie Chérifienne de textiles, Secam, Grupo Managem en el sector minero, Nareva en el sec-

tor energético, Wana en las telecomunicaciones, Cosumar de producción de azúcar y participación en la Central Danone, que se integró a la ya desaparecida Omnium Nord Africain (ONA). Especialmente importante es el oligopolio de la banca comercial, un sector que resulta estratégico al regular el acceso al capital privado; Attijariwafa Bank (su principal accionista, con un 47,9 %, es la SNI real) extiende sus filiales al mundo de los seguros, el crédito al consumo, el *leasing*, o la intermediación bursátil (Sater, 2010). Como resultado de la fusión de SNI y ONA, ambas compañías se retiraron del mercado bursátil de Casablanca, y formaron un nuevo holding de inversiones. Posteriormente las diferentes empresas subsidiarias fueron reintegradas. Se calcula que más del 60 % de la actividad de la Bolsa de Casablanca está vinculada con negocios del Palacio real.

Las autoridades marroquíes facilitan la creación de enclaves deslocalizados libres de impuestos basando en la mano de obra barata su participación en la competición global [(Cohen, 2004: 78-80); (Collins, 2013)]. Son espacios económicos «excepcionales» donde el Estado interviene para minimizar los costos de transacción para los inversores (Parker, 2009). El desmantelamiento de aranceles a través de los diferentes acuerdos de librecambio (en 2004 fue el turno de Estados Unidos) vinculan Marruecos con espacios económicos y financieros más amplios y contribuyen a la constitución de élites capitalistas transnacionales. Estos acuerdos suponen un impacto importante sobre algunos sectores empresariales. Las estipulaciones técnicas y burocráticas avanzan en una determinada dirección para favorecer oligopolios o intereses de élites extranjeras (que pueden estar aliadas con marroquíes): complejo sistema de normas sanitarias y fitosanitarias (SPS), normas técnicas sobre envasado, dimensiones de los productos, seguridad sanitaria, etc. Las redes de penetración en la estructura estatal también permiten exenciones a estas normativas, prolongación de períodos de transición, etc. Todo ello tiene influencia sobre la degradación del mercado laboral (Malka y Alterman, 2006).

El discurso oficial posee los principales componentes del ideario neoliberal, escondiendo los mecanismos que privilegian a las élites primarias tanto nacionales como globales: «El buen gobierno está vinculado con la combinación de una serie de medidas profesionales y tecnocráticas orientadas hacia la libre competición (de los mejores) y el mercado (un campo neutral que los premia)»; «El sector privado debe generar crecimiento y desarrollo»; «Los grandes “campeones nacionales” actúan como locomotoras que han de atraer y arrastrar tras ellas al sector privado y posibilitar el crecimiento de la economía marroquí»; «Cada individuo tiene la responsabilidad de saber aprovechar las oportunidades que le otorgan las autoridades». Este discurso se acompaña de exaltación nacionalista cuando se subraya por ejemplo lo bien que

están situadas estas empresas en África. Su inconveniente es una mayor visibilidad de estos procesos de conexión entre dinero y poder político, más opacos en épocas anteriores (Henry y Springborg, 2010).

En este contexto, el debilitamiento de los partidos políticos y sindicatos dificultan la organización de un bloque de fuerzas contrahegemónicas. El monopolio sobre la violencia ha sido solo parcialmente desafiado por los atentados terroristas esporádicos cometidos por grupos que siguen el modelo de Al-Qaeda (atentados de mayo de 2003, de abril de 2007, etc.). Pero el principal desafío al monopolio del poder ejercido por la monarquía proviene de la movilización de masas liderada por jóvenes que rechazan de forma explícita las formaciones políticas tradicionales, altamente desprestigiadas. La Primavera Árabe alcanza Marruecos el 20 de febrero de 2011, fecha a partir de la cual los ciudadanos hacen suya la calle de forma ritual en localidades de todo el país con eslóganes relativos a la justicia social y a la democracia parlamentaria.

A diferencia de otros países de la región donde se exigió la caída de los dirigentes, en Marruecos la movilización adoptó principalmente consignas reformistas. En el Movimiento del 20 de Febrero (M20F) participaron la izquierda radical situada en el campo del disenso (Partido Socialista Unificado-PSU, Vía Democrática-VD, Partido de la Acción Democrática y Social-PADS, Consejo Nacional Ittihadi-CNI), las juventudes de algunos partidos políticos (especialmente de la USFP y el grupo «Baraka» del PJD), el movimiento islamista semi o no institucional (pequeños partidos de adscripción islamista: Movimiento por la Comunidad y Voz Democrática, o Justicia y Caridad, esta última con decenas de miles de simpatizantes que ha mostrado su poder de movilización en diferentes ocasiones: manifestaciones contra la guerra de Iraq, a favor de Palestina, etc.), una parte pequeña del sector sindical (CDT), y en general los movimientos asociados a causas (Derechos Humanos, mujer, cuestión amazig, etc.), que participaron en las diferentes instancias de coordinación y en sus actividades. La práctica totalidad de partidos políticos representados en el Parlamento se distanciaron de la movilización, mientras que el grueso del movimiento sindical no la impulsó (Buehler, 2015), y gran parte del movimiento asociativo más oficialista se situó en contra.<sup>38</sup>

Si en las primeras reuniones preparatorias de las manifestaciones, como la del 6 de febrero de 2011 en Casablanca, se demandó una monarquía parlamentaria, ya una semana más tarde se hacía referencia a una asamblea constituyente que redactara una Constitución democrática y popular. A medida que el movimiento se extendía, se constituyó un fuerte consenso alrededor de la necesidad de disolución del gobierno y del Parlamento, la derogación de la Constitución, el nombramiento de una asamblea constituyente y la formación de un gobierno de transición que además de los necesarios cambios políticos impulsara la justicia

económica y social. La lista inicial de reivindicaciones se iría ampliando posteriormente.

El desarrollo de la acción colectiva por el M20F se debió enfrentar a las diferentes estrategias impulsadas por las élites primarias, especialmente la apertura de un proceso de reforma de la Constitución anunciada rápidamente en el discurso real del 9 de marzo, y la negociación exitosa para el acceso al gobierno del partido islamista PJD (Macías-Amoretti, 2013). La oposición institucional (PI, USFP, OADP-PSD, FFD, PJD)<sup>39</sup> aceptó participar en la Comisión Consultiva de Reforma de la Constitución (CCRC),<sup>40</sup> que elaboró una propuesta de texto siguiendo las directrices reales. También formaron parte del Mecanismo Político para el Seguimiento de la Reforma de la Constitución (MP-SRC),<sup>41</sup> concebido oficialmente como un espacio de participación de los partidos, sindicatos y demás actores políticos y sociales en la supervisión del proceso de elaboración de la constitución.

La nueva Carta Magna, aprobada por una amplia mayoría,<sup>42</sup> no modifica el carácter autoritario del reparto de poderes, a pesar de las numerosas reformas que contiene (Bendourou, 2012). El sistema político marroquí sigue siendo un «régimen de autoritarismo cuasi competitivo donde la autonomía del gobierno y del parlamento se halla subordinada a una monarquía de carácter ejecutivo y legislativo», aunque se permita una competencia política limitada (Feliu y Parejo, 2012: 88-91). Mohamed VI, a pesar de sus cada vez más prolongadas ausencias del país, sigue siendo Jefe de Estado, Comandante en Jefe de las fuerzas armadas, Presidente del Consejo de Ministros, del Consejo Superior de la Magistratura, del Consejo Superior de los Ulemas y Comendador de los Creyentes.

Tras el referéndum constitucional del primero de julio de 2011 continuaron las manifestaciones, y ante la convocatoria de elecciones para el 25 de noviembre de 2011, el M20F hizo nuevamente campaña de boicot. Como en anteriores convocatorias, la inmensa mayoría de la población marroquí se sintió totalmente ajena a esta cita. En esta ocasión votaron algo menos de 7 millones, el 23,89% de los 28 millones de marroquíes mayores de 18 años: La abstención real alcanzó más del 75%, una cifra muy alejada del 43% de participación declarado oficialmente por las autoridades que realizaron el cálculo sobre las personas inscritas, no sobre el total con derecho a voto (como evidencia de esta desafección, solo la mitad de la población con derecho a votar se ha inscrito en las listas, y de esta solo la mitad vota). A todo ello debe sumarse 1,3 millones de votos nulos (Ramírez y Feliu, 2016).

El partido islamista moderado (PJD) pudo finalmente acceder al gobierno con 107 escaños sobre 395 que componen el Parlamento marroquí.<sup>43</sup> La implantación del PJD es fundamentalmente urbana y gana en las zonas en las que la abstención es más fuerte. Sus élites tienen un

fuerte discurso anticorrupción, que además refleja las preocupaciones de la población y usa un arsenal simbólico-religioso importante. Por su parte, el partido oficialista de carácter liberal y laico creado en 2008, PAM, no llegó a cumplir su objetivo de contrapesar las pujantes élites islamistas al quedar en un segundo puesto. Ambos partidos comparten una clara apuesta por las políticas liberales, pero mientras el PJD incluye clases medias conservadoras, el PAM aglutina a una parte de la antigua izquierda «entrista» y a clases medias altas bien relacionadas con la monarquía y que representan el Marruecos «moderno».

La formación del nuevo gobierno contribuyó a neutralizar la participación del movimiento islamista con mayor base social del país, Justicia y Caridad, que abandonó la movilización social asociada al M20F. Sin su apoyo, la calle dejó de ser del M20F.

La continuación de la movilización social –de la que son los mejores ejemplos el movimiento *Hirak*, que desde 2017 vuelve a situar el Rif en el centro de la protesta político-social [(Aidi, 2017); (Maddy-Weitzman, 2017)]<sup>44</sup> o la resistencia en la localidad minera de Jerada en 2018, en el nordeste del país (Mekouar, 2018)– muestra la persistencia de factores estructurales que actúan sobre las condiciones de vida de la población, la aspiración de esta a una mejora en sus condiciones de vida, y su diferente expresión a nivel local.

## Notas

1. Aunque aquí manejaremos la categoría cronológica de «Marruecos precolonial», es preciso destacar que no se puede entender dicha frontera histórica como una trampa etnocéntrica que otorga al colonialismo europeo la medida temporal de la historia marroquí, y la utilizamos en las siguientes páginas para referir al período del siglo XIX que condujo precisamente hacia la situación colonial.

2. Véase la Convención de Beclard firmada por Francia y Marruecos en 1863.

3. Estas tensiones se ven reflejadas en los capítulos del libro que analizan las movilizaciones de este período. Véase también especialmente (Burke, 1976). Sobre el período, ver (Parsons, 1976); (Pennell, 2000); (Dunn, 1977).

4. Sobre las distintas tipologías en los regímenes a partir de la Sociología del poder, ver (Feliu y Izquierdo Brichs, 2016).

5. Ver (Bazzaz, 2018) y (Yechouti, 2018) en este volumen.

6. Para una síntesis de las redes cofráticas al inicio del colonialismo, véase (Drague, 1951).

7. El préstamo de 426.000 debía servir para pagar la indemnización de 100 millones de francos. La deuda no quedaría saldada hasta 1882.

8. Ver (Clément, 2018) en este volumen.

9. Las autoridades francesas aprovecharon el asesinato del Dr. Émile Mauchamp en abril de 1907 para justificar el colonialismo y su labor de civilización (Katz, 2006).

10. Tratado franco-marroquí de 30 de marzo de 1912. Tratado hispano-francés de 27 de noviembre de 1912 que asigna la Zona Norte a España.

11. Sobre élites primarias y secundarias ver (Izquierdo Brichs y Lampridi-Kemou, 2013) y (Izquierdo Brichs y Etherington, 2017: 55-56).

12. Las instituciones establecidas fueron: un Comité de Control, un administrador de la Zona y una Asamblea Internacional de 27 miembros. Tras un breve período de ocupación española en junio de 1940, la zona recuperó su estatus internacional en 1945.

13. Como muestra de la gran inestabilidad política española, nótese que pasaron por el cargo 23 altos comisarios, de entre los cuales solo cinco civiles. Prueba de este predominio militar es que el propio Francisco Franco fue Alto Comisario, entre julio y octubre de 1936.

14. Hubo dos jalifas durante el protectorado: Muley el Mehdi (1913-1923), sobrino paterno del sultán Muley Hassan, y su hijo Muley Hassan ben el Mehdi (1925-1956). Sobre el papel simbólico más que efectivo de estos jalifas, véase (Villanova y Mateo Dieste, 2017).

15. Después de Lyautey hubo 13 residentes generales (Rivet, 1996).

16. Sobre el entramado burocrático de la zona española (Villanova, 2004).

17. Entre las principales formas de propiedad anteriores al protectorado se distinguían: *mulk* (propiedades privadas), *majzén* (del Estado), *habus* (producto de donaciones a instituciones religiosas), *hurm* (prohibidas o protegidas) y *jama'a* (colectivas o comunitarias).

18. Sobre el impacto económico del protectorado en el Rif, ver (Aziza, 2003).

19. Ver (Martín Corrales, 2018) en este volumen.

20. La política colonial francesa diseñó las ciudades nuevas para segregarlas explícitamente de las antiguas medinas, por medio de una separación física justificada por motivos higiénicos. Ver (Abu-Lughod, 1980).

21. La causa de la masacre, protagonizada por fuerzas coloniales senegalesas al mando de oficiales franceses, no está nada clara, y algún autor apunta a una ausencia consciente de fuerzas del orden auspiciada por Philippe Boniface, jefe de la Región de Casablanca, y conocido partidario ultra de la violencia, que también aplicó en la revuelta de Carrières centrales en 1952 (Julien, 1978: 200-201).

22. El ritual político de la «fiesta del trono» (*'id al-'arch*) fue instaurado por los franceses en 1934 para conmemorar el acceso al trono de Muley Mohamed ben Yussef el 18 de noviembre de 1927 [ver (Valensi, 1990: 292); (Velasco de Castro, 2013: 10)].

23. Ver por ejemplo el conflicto que opone al Partido del Istiqlal contra el Partido de la Chura (PDI), el asesinato en junio de 1956 de Abbès Messadi que se atribuye al PI.

24. Ver (Aziza, 2018) en este volumen.

25. Para una completa información sobre los partidos políticos marroquíes véase: (Rézette, 1955); (Palazzoli, 1974); (López García, 1979); (El Benna, 1992); (Flory *et al.*, 1990).

26. El informe final de la oficial Instancia Equidad y Reconciliación (IER) de 2004, que cubre el período 1956-1999, se refiere (cifras consideradas muy incompletas) a 89 personas muertas en las temibles cárceles secretas de Tazmamart (31), Agdez (32), Kalat Mguna (16), Tagunit (8), Gurrama (1) y Mansur Ad-Dahbi (1); 11 personas muertas en enfrentamientos en 1960 y 1964; 325 personas asesinadas en diferentes revueltas (50 en Casablanca en 1965; entre 114 y 142 en Casablanca en 1981; 13 en Tetuán, 4 en Alcázarquivir, 1 en Tánger, 12 en Allucemas, 16 en Nador, 1 en Zaïo y 2 en Berkán durante las revueltas de 1984; 112 en Fez en 1990; 173 personas muertas cuando estaban detenidas en centros de triste memoria como Dar Bricha, Dar Al Baraka, Tafnidilt, Curbiss, o Derb Mulay Chérif, especialmente en los años setenta (39 de estos casos durante los primeros años de la independencia). Las cifras que el informe final ofrece sobre la desaparición en el Sahara Occidental son muy bajas (211), muy alejadas de los más de 600 casos documentados por las asociaciones de derechos humanos (IER, 2006).

27. Ver (Parejo Fernández, 2018) en este volumen.

28. En la literatura antropológica se ha discutido si el rey de Marruecos debe su autoridad al poder simbólico ejercido sobre la población o si esta obediencia se debe más bien a la construcción de unas estructuras de represión. Para la primera postura, ver (Combs-Schilling, 1989). Para la segunda postura (Munson Jr., 1993: 115-148) y (Feliu, 2004).

29. Ver (Suárez Collado, 2018) en este volumen sobre la movilización en Nador.
30. Ver (Camps-Febrer, 2018) en este volumen.
31. En contraposición a una visión que otorga un mayor papel a las asociaciones de empresarios. Ver por ejemplo (Catusse, 1999: 150), que se refiere al papel de «semi-oposición» de estos empresarios en algunos momentos.
32. Palabras de Hasán II citadas por (López García, 2000: 82).
33. *L'Opinion* (3/01/1996), p. 8.
34. Entre los nombres que aparecen en la lista *Forbes* relativa a 2017 de las 21 mayores fortunas en África aparece el del ministro de Agricultura y Pesca, Aziz Akhannuch, propietario del grupo Akwa y con negocios en el sector energético; y el de Othman Benjellun, CEO de BMCE Bank of Africa y propietario de FinanceCom (con participaciones en Orange). En años anteriores habían aparecido los nombres de Anas Sefrioui, presidente del grupo Addoha, con importantes contratos gubernamentales para desarrollar viviendas de bajo costo en Marruecos; Mohamed Bensalah, propietario del Grupo Holmarcom (miembro de la Junta Directiva de la Fundación Mohammed VI para la Protección del Medio Ambiente, la Fundación Mohammed V para la Solidaridad y la Fundación Alauita para el Desarrollo Humano Sostenible); Milud Chaabi (parlamentario del PPS y PI, fallecido en 2016); o Mulay Hafid Elalami, propietario del Grupo Saham de seguros (ministro de Industria, Comercio, Inversión y Economía Digital); y Ali Wakrim (Afriquia Gaz, en estrecha cooperación con la familia Akhannuch) <[www.forbes.com](http://www.forbes.com)>.
35. La IER tiene como misión investigar las violaciones de los derechos humanos acontecidas desde la independencia del país en 1956 hasta 1999, y entrega su informe final al soberano dos años más tarde. Es la mejor muestra de los claroscuros de las iniciativas y de su papel para neutralizar a la oposición (Feliu, 2011).
36. Ver (Pérez Beltrán y Macías Amoretti, 2018) en este volumen.
37. Naciones Unidas. Conferencia de UN sobre el comercio y el desarrollo. *Examen de la politique de l'investissement: Maroc*, Nueva York, NNUU, 2008, p. 19.
38. Ver (Bogaert, 2018); (Feliu, 2018); (Jiménez Álvarez, 2018); (Mouna, 2018).
39. Ver la distinción realizada por Parejo y Feliu (2014) entre oposición institucional, semi-institucional y no institucional (Parejo Fernández y Feliu, 2014).
40. La llamada Comisión Mennuni, se creó el 11 de marzo de 2011 e inició sus audiencias el 28 del mismo mes. Los partidos de la coalición gubernamental (PI, MP, PPS, USFP y RNI) fueron los primeros en presentar sus grandes líneas de reformas (28 y 29 de marzo), seguidos por los de la oposición parlamentaria (PJD, UC, PAM), y otros más nuevos o pequeños (FFD, PML, PT, PRE, PD).
41. El Mecanismo celebró cuatro reuniones desde el 21 de marzo al 16 de junio de 2011 bajo la presidencia del consejero real Mohamed Moatassim. En él participaron los líderes de treinta partidos y cinco centrales sindicales (Benyahia, 2011: 34-39).
42. Las cifras oficiales, que deben leerse con cautela, establecen la participación en un 72 %, la segunda más alta participación en la historia electoral del país, con un 98,5 % de votos afirmativos.
43. El sistema electoral marroquí es proporcional de listas cerradas, lo que lleva a una fuerte fragmentación de los resultados, con 18 partidos presentes en el Parlamento. El Partido del Istiqlal obtuvo 60 escaños, la Agrupación Nacional de Independientes (RNI) 52, el PAM 47, y la USFP 39 (sobre los procesos electorales en Marruecos y el mundo árabe ver *Observatorio Político y Electoral del Mundo Árabe y Musulmán*, OPE-MAM <<http://www.opemam.org/node/6708>>).
44. Ver también (Aarab, 2018) en este volumen sobre las protestas en Alhucemas sobre el terremoto de 2004.

## Bibliografía

- AARAB, RACHID, «Alhucemas 2004. “El terremoto es natural y la marginalización es política”», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- ABU-LUGHOD, JANET L., *Rabat: Urban Apartheid in Morocco*, New Jersey, Princeton University Press, 1980.
- ACHCAR, GILBERT, *The people want: a radical exploration of the Arab uprising*, Berkeley, University of California Press, 2013.
- AGNOUCHE, ABDELATIF, *Histoire politique du Maroc*, Casablanca, Afrique Orient, 1987.
- AIDI, HISHAM, «Les blessures ouvertes du Rif», *Multitudes*, 3, 2017.
- AKESBI, NAJIB, «L'Etat marocain pris entre les impératifs de la régulation et les exigences de l'extraversion», *Annuaire de l'Afrique du Nord* 1984, 23, 1986.
- , «L'économie marocaine: des déséquilibres inquiétants», en C. Lacoste y Y. Lacoste (eds.), *L'État du Maghreb*, París, La Découverte, 1991.
- AMIN, SAMIR, *The Maghreb in the modern world: Algeria, Tunisia, Morocco*, Harmondsworth, Penguin African library, 1970.
- AMMOR, MOHAMMED FOUAD, *Le Maroc dans l'économie mondiale*, Casablanca, Toubkal, 1987.
- AOUCHAR, AMINA, *Colonisation et campagne berbère au Maroc*, Casablanca, Afrique Orient, 2002.
- AYACHE, ALBERT, «Les grèves de juin 1936 au Maroc», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 12, 3, 1957.
- , *Le mouvement syndical au Maroc de 1919 a 1942 (vol. I)*, París, L'Harmattan, 1982.
- , *Études d'Histoire sociale marocaine*, Rabat, Okad, 1997.
- AYACHE, GERMAIN, *Études d'histoire marocaine*, Rabat, SMER, 1983.
- AZIZA, MIMOUN, *La sociedad rifeña frente al Protectorado español de Marruecos (1912-1956)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2003.
- , «El otoño de la ira en el Rif. Los rifeños frente al Majzén marroquí (1958-1959)», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- AZZAKÍA IBN SBIH, ANNAFS y MERCEDES G. JIMÉNEZ ÁLVAREZ, «La revuelta de las velas. Movilizaciones ciudadanas contra Amendis en Tánger», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- BALTA, PAUL, *El gran Magreb: desde la independencia hasta el año 2000*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- BAZZAZ, SAHAR, «Reforma, Rebelión, y revitalización Kattaniyya durante el alzamiento Hafiziyya de 1907», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- BEININ, JOEL, *Workers and peasants in the modern Middle East*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

- BEN MLIH, ABDELLAH, *Structures politiques du Maroc Colonial*, París, L'Harmattan, 1990.
- BENDOUROU, OMAR, *Le pouvoir exécutif au Maroc depuis l'indépendance*, París, Publisud, 1986.
- , «La consécration de la monarchie gouvernante», *L'Année du Maghreb*, VIII, 2012.
- BENHLAL, MOHAMED, «Le syndicat comme enjeu politique au Maroc: 1955-1981», *Annuaire de l'Afrique du Nord* 1982, 21, 1984.
- , *Le collège d'Azrou: une élite berbère civile et militaire au Maroc, 1927-1959*, París, Khartala Editions, 2005.
- BENJELLOUN, ABDELMAJID, *Le patriotisme marocain face au protectorat espagnol*, Rabat, Editions Okad, 1993.
- BENYAHIA, MOHAMMED (ed.), *La nouvelle constitution du royaume du Maroc, 2011*, Rabat, Publications de la Revue Marocaine d'Administration Locale et de Développement (REMALD), Collection Textes et Document n.º 245, 2011.
- BERQUE, JACQUES, *Pour une nouvelle méthode politique de la France au Maroc*, dactylographié (1.º mars de 1947), Rabat, 1947.
- BERRAMDANE, ABDELKHALEQ, *Le Maroc et l'Occident 1800-1974*, París, Karthala, 1987.
- BOGAERT, KOENRAAD, «Imider y el movimiento del 20 de febrero: sobre la interacción entre la lucha local y las protestas de masas en Marruecos», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- BOUZIDI, MOHAMED, «L'Islam et la société marocaine face á la contraception», *Annuaire de l'Afrique du Nord*, 18, 1980.
- BROUMAS, ANTONIS, «The Capital-Nation-State Complex and the Environment», *trise*, November 11, 2017. Transnational Institute of Social Ecology, 2017, <<http://trise.org/2017/11/11/the-capital-nation-state-complex-and-the-environment/>>.
- BUEHLER, MATT, «Labour demands, regime concessions: Moroccan Unions and the Arab uprising», *British Journal of Middle Eastern Studies*, 42, 1, 2015.
- BURKE, EDMUND, «The image of the Moroccan State in French Ethnological Literature», en E. Gellner y C. Micaud (eds.), *Arabs and Berbers From Tribe to Nation in North Africa*, Londres, Duckworth, 1972.
- , *Prelude to Protectorate in Morocco: Precolonial Protest and Resistance, 1860-1912*, Chicago, University of Chicago Press, 1976.
- CAMAU, MICHEL, *La notion de démocratie dans la pensée des dirigeants maghrebins*, París, CNRS, 1971.
- , «Le Maghreb», en M. Flory, B. Korany, R. Mantran, M. Camau y P. Agate (eds.), *Les régimes politiques arabes*, París, Presses Universitaires de France, 1990.
- CAMMETT, MELANI CLAIRE, *Globalization and Business Politics in Arab North Africa: A Comparative Perspective*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007.
- CAMMETT, MELANI, ISHAC DIWAN, ALAN RICHARDS y JOHN WATERBURY, *A Political Economy of the Middle East*, Boulder, Westview Press, 2015.
- CAMPS-FEBRER, BLANCA, «Fez 1990: de la huelga a la intifada», en L. Feliu, J.

- L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- CATUSSE, MYRIAM, «Maroc: en finir avec “l’État makhzen”», *Panoramiques*, 41, 1999.
- CLÉMENT, JEAN-FRANÇOIS, «Les révoltes urbaines», en Santucci, J.-C. (ed.), *Le Maroc actuel*, París, Editions du CNRS, 1992.
- , «Casablanca 1907: el levantamiento de la Chauía, los desórdenes en la ciudad y la conquista de la llanura», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- COHEN, SHANA, *Searching for a Different Future. The Rise of a Global Middle Class in Morocco*, Durnham, Duke University Press, 2004.
- COLLINS, HOPE ELLEN, *Linkage and the case of political deliberalization in Morocco*, University of Texas, Austin, 2013, <<https://repositories.lib.utexas.edu/handle/2152/44510>>.
- COMBS-SCHILLING, M. ELAINE, *Sacred performances. Islam, Sexuality, and Sacrifice*, Nueva York, Columbia University Press, 1989.
- CORREALE, FRANCESCO, *La Grande Guerre des trafiquants. Le front colonial de l’Occident maghrébin*, París, L’Harmattan, 2014.
- DAOUD, ZAKYA, «Le cri de Casablanca: la situation explosive de Casablanca, les événements et les problèmes de fond», *Lamalif*, 127, 1981.
- DENOEU, GUILAIN P., «Corruption in Morocco: old forces, new dynamics and a way forward», *Middle East Policy*, 14, 4, 2007.
- DOUMOU, ABDELALI, *Etat et capitalisme au Maroc*, Rabat, Edina, 1987.
- DRAGUE, GEORGE, *Esquisse d’histoire religieuse du Maroc. Confréries et Zaouïas*, París, J. Peyronnet y Cie Éditeurs, 1951.
- DRISS, BEN ALI y CHERKAOUI MOUNA, «The political economy of growth in Morocco», *The Quarterly Review of Economics and Finance*, 46, 5, 2007.
- DUNN, ROSS E., *Resistance in the desert: Moroccan responses to French imperialism 1881-1912*, Madison and London, University of Wisconsin Press and Croom Helm, 1977.
- EL-MANSOUR, MOHAMED, «El-Mansour, M., “Sharifian Sufism: the religious and social practice of the Wazzani zawiya”», en G. Joffé y C. R. Pennell (eds.), *Tribe and State. Essays in honour of David Montgomery Hart*. Wisbech, Menas Press, Middle East and North Africa Studies Press Ltd, 1991.
- EL BENNA, ABDELKADER, «Les partis politiques au Maroc», en N. El Aoufi (ed.), *La société civile au Maroc*, Rabat, SMER (Signes du présent), 1992.
- EMMANUEL, ARGHIRI, *Unequal Exchange: A Study in the Imperialism of Trade*, Londres, New Left Books, 1972.
- ENNAJI, MOHA, «Steps to the Integration of Moroccan Women in Development», en Z. S. Salhi (ed.), *Gender and Diversity in the Middle East and North Africa*, Abingdon y Nueva York, Routledge, 2013.
- ESCALLIER, ROBERT, «Une région bouleversée par les flux migratoires», en C. Lacoste y Y. Lacoste (eds.), *L’État du Maghreb*, París, La Découverte, 1991.
- EUROPA, *The Middle East and North Africa. 39<sup>th</sup> ed.*, Londres, Europa, 1993.
- FELIU, LAURA, *El jardín secreto. Los defensores de los derechos humanos en Marruecos*, Madrid, La Catarata, 2004.

- , «Global civil society across the Mediterranean: The case of human rights», *Mediterranean Politics*, 10, 3, 2005.
- , «Equidad y reconciliación: La experiencia marroquí de revisión del pasado», en T. Desrues y M. Hernando de Larramendi (eds.), *Mohamed VI. Política y cambio social en Marruecos*, Córdoba, Almuzara, 2011.
- , «Más allá del 20F. Movilización social en Tetuán en 2011», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- FELIU, LAURA y FERRAN IZQUIERDO BRICHS, «Estructura de poder y desafíos populares. La respuesta del régimen marroquí al movimiento 20 de febrero», *Revista de Estudios Políticos*, 174, 2016.
- FELIU, LAURA y MARÍA ANGIUSTIAS PAREJO, «Morocco: the reinvention of a totalitarian system», en F. Izquierdo Brichs (ed.), *Political Regimes in the Arab World*, Londres y Nueva York, Routledge, 2012.
- FERNÁNDEZ MOLINA, IRENE, «Los consejos consultivos: gobierno sin representación y diplomacia paralela», en T. Desrues y M. Hernando de Larramendi (eds.), *Mohamed VI. Política y cambio social en Marruecos*, Córdoba, Almuzara, 2011.
- FLORY, MAURICE, BAGHAT KORANY, ROBERT MANTRAN, MICHEL CAMAU y PIERRE AGATE (eds.), *Les régimes politiques arabes*, París, Presses Universitaires de France, 1990.
- GAZZO, YVES, «Les financements internationaux et les pays du Maghreb», en A. Claisse y G. Conac (eds.), *Le Grand Maghreb: données socio-politiques et facteurs d'intégration des États du Maghreb*, París, Economica, 1987.
- GOLDSTONE, JACK A., *Revolution and rebellion in the early modern world*, Berkeley, Univ. of California Press, 1991.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, JOSÉ ANTONIO y ELOY MARTÍN CORRALES (eds.), *La conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2007.
- HABEEB, WILLIAM MARK, «The Maghribi States and the European Community», en I. W. Zartman y W. M. Habeeb (eds.), *Polity and Society in Contemporary North Africa*, Boulder, Westview Press, 1993.
- HALSTEAD, JOHN P., «A Comparative Historical Study of Colonial Nationalism in Egypt and Morocco», *African Historical Studies*, 2, 1, 1969.
- HANIEH, ADAM, *Lineages of Revolt. Issues of Contemporary Capitalism in the Middle East*, Chicago, Haymarket Books, 2013.
- HARVEY, DAVID, *Social justice and the city*, Athens, University of Georgia Press, 1, 2010.
- HENRY, CLEMENT MOORE y ROBERT SPRINGBORG, *Globalization and the Politics of Development in the Middle East*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- HENRY, JEAN-ROBERT, «Chronique Internationale», *Annuaire de l'Afrique du Nord* 1983, 22, 1985.
- HERNANDO DE LARRAMENDI MARTÍNEZ, MIGUEL, *Articulación entre política interior y política exterior en el Magreb: el caso de Marruecos*, Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales, Madrid, 1994.
- IER, *Synthèse du rapport final/ Instance Équité et Réconciliation*, Rabat, Ro-

- yaume du Maroc. Conseil national des droits de l'Homme, 2006, <<http://www.cndh.ma/fr/rapport-final-de-lier/synthese-du-rapport-final-de-lier>>.
- ISSAWI, CHARLES, *An economic history of the Middle East and North Africa*, Londres, Routledge, 2013.
- IZQUIERDO BRICHS, FERRAN y JOHN ETHERINGTON, *Poder global. Una mirada desde la Sociología del Poder*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2017.
- IZQUIERDO BRICHS, FERRAN y ATHINA LAMPRIDI-KEMOU, «Sociology of power in today's Arab world», en F. Izquierdo Brichs (ed.), *Political Regimes in the Arab World*, Londres y Nueva York, Routledge, 2013.
- JIMÉNEZ ÁLVAREZ, MERCEDES G., «Desde una esquina del Mediterráneo. El movimiento 20 de febrero en Tánger», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- JOHNSON, AMY J., «Morocco: French And Spanish Protectorates, 1903-1914», en K. Shillington (ed.), *Encyclopedia of African History*, Londres, Routledge, 2005a.
- , «Morocco: Mawlay Hasan and the makhzen», en K. Shillington (ed.), *Encyclopedia of African History*, Londres, Routledge, 2005b.
- JULIEN, CHARLES ANDRÉ, *Le Maroc face aux impérialismes, 1415-1956*, París, Editions Jeune Afrique, 1978.
- KATZ, JONATHAN G., *Murder in Marrakech. Emile Mauchamp and the French Colonial Adventure*, Bloomington, Indiana University Press, 2006.
- KENBIB, MOHAMED, *Les protégés. Contribution à l'histoire contemporaine du Maroc*, Rabat, Publications de la Faculté des Lettres et des Sciences Humaines, Université Mohammed V, 1996.
- KHADER, BICHARA, *Europa y el gran Magreb*, Barcelona, Fundación Paulino Torras Doménech, 1992.
- KHALLOUK TEMSAMANI, A., «The Jebala region: Makhzan, bandits and saints», en G. Joffé y C. R. Pennell (eds.), *Tribe and State. Essays in honour of David Montgomery Hart*, Wisbech, Menas Press, Middle East and North Africa Studies Press Ltd, 1991.
- KHROUZ, DRISS, «La politique agricole du Maroc independant», en J.-C. Santucci (ed.), *Le Maroc actuel*, París, Editions de CNRS, 1992.
- LAHLOU, MEHDI, *La privatisation de l'eau au Maroc: premiers constats à partir de l'expérience de la Lyonnaise des Eaux à Casablanca*, Transnational Institute Water Justices, Reclaiming Public Water, 2010, <<http://www.partagedeseaux.info/La-privatisation-de-l-eau-au-Maroc-premiers-constats-a-partir-de-l-experience>>.
- LAROUÏ, ABDALLAH, *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain (1830-1912)*, París, François Maspero, 1980.
- LAZAREV, GRIGORI, *Les structures agraires au Maroc: une mise en perspective historique*, Rabat, Faculté des Lettres et des Sciences Humaines, 2014.
- LEVEAU, RÉMY, «Islam et contrôle politique au Maroc», *Maghreb Review*, 6, 1-2, 1981.
- , *Le Fellah marocain, défenseur du trône*, París, Les Presses de Sciences Po, 1985.
- , «Stabilité du pouvoir monarchique et financement de la dette», *Maghreb Machrek: monde arabe*, 118, 1987.

- , «Morocco at the cossroads», *Mediterranean Politics*, 2, 2, 1997.
- LÓPEZ GARCÍA, BERNABÉ, *Procesos electorales en Marruecos (1960-1977)*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.
- , «Elecciones parciales y crisis política en Marruecos», *Revista de Estudios Políticos*, 22, 1981.
- , *Política y movimientos sociales en el Magreb*, Madrid, Siglo XXI-CIS, 1989.
- , *Marruecos en trance*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2000.
- MAAELAYNINE, ELĀABADILA CHBIHNA y MASSIMILIANO DI TOTA, «Morocco between economic liberalisation and economic stagnation», en D. Chavez (ed.), *Beyond the market: the future of public services*, Transnational Institute, 2006.
- MACÍAS-AMORETTI, JUAN A., «El islam político en Marruecos: la ética islámica como recurso de poder político», en F. Izquierdo Brichs (ed.), *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*, Barcelona, Cidob/Bellaterra, 2013.
- MADARIAGA, MARÍA ROSA DE, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Ciudad Autónoma de Melilla, UNED-Centro Asociado de Melilla (3.<sup>a</sup> ed.), 2008.
- , «La revuelta rifeña de 1921 en la región del Valle de Alhucemas», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- MADDY-WEITZMAN, BRUCE, «Challenging the State, Redefining the Nation: The Contemporary Amazigh Movement in Turbulent Times», *Nationalism and Ethnic Politics*, 23, 4, 2017.
- MALKA, HAIM y JON B. ALTERMAN, *Arab reform and foreign aid: Lessons from Morocco*, Washington DC, CSIS, 2006.
- MARAIS, OCTAVE, «Les relations entre la monarchie et la classe dirigeante au Maroc», *Revue Française de Science Politique*, 19, 6, 1969.
- MARCHÁN GUSTEMS, JESÚS, *La colonización agrícola en el protectorado español de Marruecos (1912-1956). Una esperanza frustrada*, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2014.
- MARTÍN CORRALES, ELOY, «Influencia del movimiento obrero español en los orígenes del movimiento obrero marroquí: movilizaciones en Tetuán (1931-1936)», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- MARTÍN MUÑOZ, GEMMA, *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 1999.
- MASSIGNON, LOUIS, *Annuaire du Monde Musulman, Statistique, Historique, Social et Économique*, París, Ernest Leroux, 1924.
- , *Annuaire du Monde Musulman, statistique, historique, social et économique (4<sup>e</sup> éd. rev. et mise à jour avec le concours de V. Monteil)*, París, Presses universitaires de France, 1955.
- MATEO DIESTE, JOSEP LLUÍS, «“Demonstrating Islam”: the Conflict of Text and the Mudawwana Reform in Morocco», *The Muslim World*, 99, 1, 2009.
- , *La «hermandad» hispano-marroquí: política y religión bajo el protectorado español en Marruecos (1912-1956)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2003.

- MEKOUAR, MEROUAN, «Beyond the Model Reform Image: Morocco's Politics of Elite Co-Optation», *GIGA Focus Nahost*, 03, 2018.
- MIÈGE, JEAN-LOUIS, *Le Maroc et l'Europe (1830-1894)*, París, Presses Universitaires de France, 5 vol., 1962.
- MOJUEAN, B. A., «Morocco: Economy and society, nineteenth century», en K. Shillington (ed.), *Encyclopedia of African History*, Londres, Routledge, 2005.
- MORALES-LEZCANO, VÍCTOR, *Víctor Lezcano, España y el Norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, UNED, 1986.
- , *El final del Protectorado hispano-francés en Marruecos. El desafío del nacionalismo magrebí (1945-1962)*, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1998.
- MOREAU, ODILE, «El movimiento de resistencia del emir Abdelmalek en Taza durante la Primera Guerra Mundial», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- MOUHSINE, REDA y SAMI LAKMAHRI, «L'impossible réforme agraire», *Zamane*, 28/03/2014, 2014, <<http://zamane.ma/fr/limpossible-reforme-agraire/>>.
- MOUNA, KHALID, «Cuando un movimiento de protesta se mide por la represión. Una retrospectiva del Movimiento 20 de Febrero en Meknes», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- MUNSON JR., HENRY, *Religion and Power in Morocco*, New Haven, Yale University Press, 1993.
- NAJEM, TOM P., «Privatization and the State in Morocco: Nominal objectives and problematic realities», *Mediterranean Politics*, 6, 2, 2001.
- OJEDA, RAQUEL, *Políticas de descentralización en Marruecos. El proceso de regionalización*, Sevilla, Instituto Andaluz de Administración Pública, Junta Andalucía, 2002.
- QUALALOU, FATHALLAH, *L'assistance étrangère face au développement économique du Maroc*, Casablanca, Éditions Maghrebines, 1969.
- PALAZZOLI, CLAUDE GÉRALD, «La mort lente du Mouvement National au Maroc», *Annuaire de l'Afrique du Nord* 1972, 11, 1974.
- PAREJO FERNÁNDEZ, MARÍA ANGUSTIAS, «Génesis del sistema de partidos políticos en Marruecos», *Revista Internacional de Sociología*, 23, 1999.
- PAREJO FERNÁNDEZ, MARÍA ANGUSTIAS y LAURA FELIU, «Nouvelles et anciennes dynamiques constitutionnelles au Maroc: les acteurs politiques face à la réforme constitutionnelle de 2011», en A. Sedajari (ed.), *Pouvoir et contre-pouvoir à l'heure de la démocratie et des droits humains*. Rabat, L'Harmattan, 2014.
- PAREJO FERNÁNDEZ, MARÍA ANGUSTIAS, «Movilización social y revueltas del 23 de marzo de 1965 en Casablanca: contribución a una revisión del inmovilismo de un régimen autoritario», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- PARKER, CHRISTOPHER, «Tunnel-bypasses and minarets of capitalism: Amman as neoliberal assemblage», *Political Geography*, 28, 2, 2009.
- PARSONS, FREDERICK V., *The origins of the Morocco question: 1880-1900*, Londres, Duckworth, 1976.

- PATTON, MARCIE, «Open for business: Capitalists and globalization in Turkey and Morocco», *CEMOTI, Cahiers d'Études sur la Méditerranée Orientale et le monde Turco-Iranien*, 27, 1999.
- PAUL, JIM, «States of emergency: The riots in Tunisia and Morocco», *MERIP Reports*, 127, 1984.
- PENNELL, C. R., *Morocco Since 1830*, Nueva York, New York University Press, 2000.
- PÉREZ BELTRÁN, CARMELO y JUAN ANTONIO MACÍAS AMORETTI, «Ideología, acción y reacción: la marcha islámica de Casablanca del 12 de marzo de 2000», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- RACHIK, HASSAN (ed.), *Contester le droit: communautés, familles et héritage au Maroc*, Casablanca, La Croisée des Chemins, 2016.
- RACHIK, HASSAN, MOHAMED TOZY, ABDERRAHMAN LAKHSASSI, FADMA AIT-MOUS, AÏCHA BELHABIB y AZIZ CHAHIR, *Usages de l'identité Amazighe au Maroc*, Casablanca, Université Hassan II-ERIC / Najah el Jadida, 2006.
- RAMÍREZ, ÁNGELES y LAURA FELIU, «Elecciones sin elección», *Viento Sur*, 11-X-2016, 2016.
- RÉGNIER, JEAN-JACQUES, «Monarchie et forces politiques au Maroc», en Centre de recherches d'études sur les sociétés méditerranéennes (ed.), *Introduction à l'Afrique du Nord contemporaine*, París, CNRS, 1975.
- RÉZETTE, ROBERT, *Les partis politiques marocains*, París, Armand Colin, 1955.
- RIVET, DANIEL, *Lyautéy et l'Institution du Protectorat Français au Maroc, 1912-1925*, París, L'Harmattan (3 vol.), 1996.
- RODINSON, MAXIME, *Islam and Capitalism*, Austin, University of Texas Press, 1978.
- SAADI, MOHAMMED SAID, «Neoliberal Reforms, Business Groups and the Challenges of Moroccan Development», *Communication to the 14<sup>th</sup> MRM*. Mersin, 2013.
- , «Moroccan cronyism: Facts, Mechanisms and Impact», *Economic research Forum Working Paper*, 1063, 2016, <<https://erf.org.eg/wp-content/uploads/2016/11/1063.pdf>>.
- SATER, JAMES, «Civil Society, Political Change and the Private Sector in Morocco: The Case of the Employer's Federation Confédération Générale des Entreprises du Maroc (CGEM)», *Mediterranean Politics*, 7, 2, 2002.
- , *Morocco. Challenges to Tradition and Modernity*, Nueva York, Routledge, 2010.
- SEBTI, ABDELAHAD, «Chroniques de la contestation citadine: Fès et la révolte des tanneurs (1873-1874)», *Hesperis Tamuda*, 29, 2, 1991.
- SEDDON, DAVID, «Labour migration and agricultural development in Northeast Morocco: 1870-1970 (Pt. 1)», *Maghreb Review*, 4, 3, 1979.
- , «Winter of discontent: economic crisis in Tunisia and Morocco», *MERIP Reports*, 127, 1984.
- , «Le conflit sur la terre à Zaio (Rif Oriental)», *Bulletin économique et social du Maroc*, 138-139, 1978.
- SIDI HIDA, BOUCHRA, *Mouvements sociaux et logiques d'acteurs: les ONG de développement face à la mondialisation et à l'Etat au Maroc: l'altermondialisme marocain*, UCL-Université Catholique de Louvain, 2007.

- SLUGLETT, PETER y MARION FAROUK-SLUGLETT, *Modern Morocco: Political Immobilism, Economic Dependence. Northern Africa*, Londres, Croom Helm, 1984.
- STEWART, CHARLES F., *The economy of Morocco*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1967.
- SUÁREZ COLLADO, ÁNGELA, «“No solo de pan vive el hombre”: La revuelta de 1984 en Nador», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- SUTTON, MICHAEL, *Morocco to 1992: Growth against the Odds*, Londres, Economist Intelligence Unit, 1987.
- SWEARINGEN, WILL, *Moroccan Mirages: agrarian dreams and deceptions, 1912-1986*, Nueva York, IB Taurus, 1988.
- TESSAINER Y TOMASICH, CARLOS FEDERICO, *El Raisuni: aliado y enemigo de España*, Málaga, Algazara, 1998.
- TOZY, MOHAMED, *Monarquía e islam político en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.
- UNCTAD, *Examen de la politique de l'investissement. Maroc*, New York y Genève, Conférence des Nations Unies sur le commerce et le développement, Nations Unies, 2008, <[http://unctad.org/fr/docs/iteipc200616\\_fr.pdf](http://unctad.org/fr/docs/iteipc200616_fr.pdf)>.
- VAIREL, FRÉDÉRIC, «“Qu’avez-vous fait de vos vingt ans?” Militantismes marocains du 23-mars, 1965, au 20 février (2011)», *L'Année du Maghreb*, VIII, 2012.
- VALENSI, LUCETTE, «Le roi chronophage. La construction d'une conscience historique dans le Maroc postcolonial», *Cahiers d'Études Africaines*, 30, 119, 1990.
- VELASCO DE CASTRO, ROCÍO, «La monarquía alauí, símbolo identitario de la nación marroquí: legitimidad histórica e instrumentalización política», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 16, 2013.
- VILLANOVA, JOSÉ LUIS, *El Protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004.
- VILLANOVA, JOSÉ LUIS y JOSEP LLUÍS MATEO DIESTE, «El jalifa y el Majzén del Protectorado español en Marruecos. Exaltación simbólica de un poder tutelado», *Ayer: revista de Historia Contemporánea*, 106, 4, 2017.
- WILD, PATRICIA BERKO, «The Organization of African Unity and the Algerian-Moroccan Border Conflict: A Study of New Machinery for Peacekeeping and for the Peaceful Settlement of Disputes Among African States», *International Organization*, 20, 1, 1966.
- YECHOUTI, RACHID, «La sedición del jerife Mohamed Ameziane en el Rif, 1909-1912», en L. Feliu, J. L. Mateo Dieste y F. Izquierdo Brichs (eds.), *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2018.
- ZEMNI, SAMI y KOENRAAD BOGAERT, «Trade, security and neoliberal politics: whither Arab reform? Evidence from the Moroccan case», *The Journal of North African Studies*, 14, 1, 2009.
- ZIRARI-DEVIF, MICHELE, «La hisba au Maroc: hier et aujourd'hui», en H. Bleuchot (ed.), *Les institutions traditionnelles dans le monde arabe*, Aix-en-Provence, Karthala Editions, 1996.